

La Crisis de la Seguridad Colectiva y el camino a la Segunda Guerra Mundial (1931-1939)

Por Rodrigo Melgar¹

¹ Magíster en Relaciones Internacionales (especialización Global Conflict in the Modern Era) Universidad de Leiden, Países Bajos. Magíster en Historia (opción Cultura y Sociedad) Universidad de Montevideo, Uruguay. Licenciado en Relaciones Internacionales, Profesor Adscripto y docente Grado 1 de Historia de las Relaciones Internacionales en Universidad de la República, Uruguay.

Índice

Agradecimientos.....	4
Introducción.....	5
Aspectos generales y Metodología.....	7
Capítulo I: Japón.....	10
Prólogo: la nueva estela de Oriente	10
El incidente de Mukden y la crisis de Manchuria.....	19
El incidente del Puente Marco Polo y el estallido de la segunda guerra chino-japonesa	23
Hacia una nueva guerra dentro de la guerra: la ocupación de Indochina y el fin de la contemporización.....	25
Capítulo II: Italia	28
Prólogo: el impotente nacimiento de una joven nación.....	28
El incidente de Ual-Ual y la 2da guerra ítalo-etíope: el dilema de las sanciones y la ruptura del Frente de Stresa	34
La aventura albanesa y la proyección italiana en los Balcanes	42
Capítulo III: Alemania.....	45
Prólogo: Alemania: de Versalles a Hitler.	45
Al filo de la legalidad: del retiro de la Sociedad de las Naciones hasta la Remilitarización de la Renania	54
El Anschluß de Austria	57
La crisis de septiembre: los Sudetes y el Pacto de Múnich	61

El fin de la ilusión: la caída de Checoslovaquia y la crisis de Memel.....	68
Hacia el abismo: Molotov-Ribbentrop y Danzig.....	76
Conclusión.....	81
Bibliografía.....	88

Agradecimientos

Agradezco en primer lugar a Heber Arbuét-Vignali, antiguo catedrático de Derecho Internacional Público y de Historia de las Relaciones Internacionales (Facultad de Derecho, Universidad de la República) por su incomparable paciencia y disposición a la hora de leer este manuscrito. Sus avezados comentarios y correcciones han realizado un favor inestimable al lector al hacer de mi redacción original algo mucho más elocuente y ameno. Agradezco también a mapchart.net y a su sitio hermano, historicalmapchart.net, por la plataforma de acceso libre y gratuito que ofrece para la confección de mapas históricos y políticos con fines didácticos.

Introducción

Cuando comencé a escribir esta introducción hace un par de años, destacué el valor que la década de 1930 podía ofrecernos como enseñanza frente a los embates a la seguridad colectiva que estaba sufriendo nuestro mundo en la actualidad: en mi redacción original de esta introducción dibujaba un paralelismo entre el *Anschluss* de Austria en 1938 y la crisis de Crimea del 2014, comentando sobre la irónica coincidencia que se daba ya que la primera tuvo lugar el 12 de marzo y la segunda, el 19. Aunque separadas por décadas, vi en el espíritu de ambas la misma esencia: la voluntad política de estadistas de expandir el territorio bajo su control, aunque eso implicase subvertir el orden internacional contemporáneo. Comenté también que la pugna china por las islas que ellos llaman Diaoyutai y los japoneses, Senkaku, podría ser otro punto que desencadenase una crisis internacional. Tristemente, la Guerra de Ucrania que estalló en el corriente año del 2022 ha demostrado que mis primeras predicciones eran acertadas y aunque China no se embarcó en un proyecto de reconquista de las Diaoyutai, vivimos hace unas semanas la que fuera posiblemente la crisis más crítica en el Estrecho de Taiwán desde la Guerra Fría esquivando por poco el fantasma de la guerra. Sólo erré en mi estimación de que la siempre beligerante Corea del Norte podía también arremeter contra el sistema y confío en que así seguirá siendo.

Así, no es de extrañar que los lectores del 2022 se pregunten qué nos espera y, sobre todo, qué podemos hacer para evitarlo o como mínimo, contenerlo. Lograr lo primero escapa a toda predicción, pues los analistas de las Relaciones Internacionales carecemos de los medios para vaticinar desenlaces; podemos ver patrones y hacer conjeturas, pero en última instancia, ello depende de la actitud de variables que, si bien algunas nos son conocidas, otras escapan al conocimiento de la esfera pública y se cuecen detrás de

bastidores. Sin embargo, lo segundo sí podemos de alguna manera bosquejar, o como mínimo sirviéndonos de las lecciones que la historia nos ofrece, apuntar a entender mejor qué posibilidades tenemos en nuestras manos para lidiar con estos fenómenos actuales. Y pocos ejemplos hay que nos den una lección tan tristemente rica, como la crisis en la que se sumió el mundo en los años '30.

Cierto es que las dinámicas de los años '30 difieren significativamente de aquellas de nuestro tiempo: en los años '30 ninguna de las potencias tenía a su disposición armamento nuclear, ni otras armas de destrucción masiva mucho más poderosas ni existía un mercado internacional tan integrado como el actual. El mundo era multipolar y el excepcionalismo estadounidense todavía no había entrado en escena, ni lo que sería el estar sometido a la bipolaridad de la Guerra Fría (ni a la hipotética que se está planteando desde el ascenso chino).

No obstante, los años '30 nos dejan un mensaje de cómo el trazado de las líneas de demarcación ideológicas no fue accidental: de cómo las potencias del Eje se fueron acercando una a otra no sólo producto de la ideología expansionista que compartían en su genoma, ni tampoco simplemente como producto de la interacción entre ellas mismas, sino (primariamente) como reacción a la interacción del resto del sistema con ellas; de cómo la incapacidad de reconciliar los dictámenes de la *Realpolitik* con el imperativo de la moral internacional arrojó al mundo a una vorágine de violencia de la cual aún se recupera. La triste realidad del mundo no hace más que subrayar la perennidad del legado de esos años '30, radicando así su importancia en cómo anticipar o prevenir los dictámenes y vaivenes de la política internacional

Así, lo que se propone con este trabajo es abordar y compendiar el proceso de erosión y destrucción paulatina del sistema internacional durante el período histórico conocido como la "Crisis de la Seguridad Colectiva".

Aspectos generales y Metodología

A la hora de analizar el fenómeno de la Crisis de la Seguridad Colectiva se hace necesario precisar una serie de términos: Andrew Heywood define a la seguridad colectiva como “la teoría o la práctica de Estados que se comprometen a defenderse unos a otros con miras de disuadir a la agresión o castigar a un transgresor si el orden internacional ha sido violado.”² Así, tenemos a la comunidad de Estados actuando de forma concertada, ya que “la agresión puede ser mejor resistida por una acción unida llevada a cabo por un número de estados, siendo esta la única alternativa a la inseguridad e incertidumbre de las políticas de poder”³. Finalmente, expone los postulados centrales sobre los cuales descansa la seguridad colectiva al decir que

Una exitosa seguridad colectiva depende de tres condiciones. Primero, los Estados deben ser iguales a grandes rasgos, o al menos no debe haber una potencia preponderante. Segundo, todos los Estados deben estar dispuestos a soportar el costo y la responsabilidad de defenderse los unos a otros. Tercero, debe haber un organismo internacional que tenga la autoridad moral y la capacidad política para tomar una acción efectiva.⁴

Como veremos más adelante, el sistema de seguridad colectiva de la época, encarnado en la Sociedad de las Naciones fallaría en los últimos dos postulados de Heywood, rompiendo con su razón de ser.

² Traducido del inglés: “the theory or practice of states pledging to defend one another in order to deter aggression or to punish a transgressor if international order has been breached.” De Andrew Heywood, *Global Politics* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2011), 440.

³ Traducido del inglés: “aggression can best be resisted by united action taken by a number of states, this being the only alternative to the insecurity and uncertainty of power politics” (Ibid.).

⁴ Traducido del inglés: “Successful collective security depends on three conditions. First, the states must be roughly equal, or at least there must be no preponderant power. Second, all states must be willing to bear the cost and responsibility of defending one another. Third, there must be an international body that has the moral authority and political capacity to take effective action. (Ibid.)

Habiendo definido el concepto de seguridad colectiva se hace menester precisar qué entendemos por la crisis de esta. Se entiende por “Crisis de la Seguridad Colectiva”, a los efectos de este estudio al período de tiempo que va desde 1931, con la agresión nipona a Manchuria, hasta 1939, con la invasión de Alemania a Polonia y el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Nótese que, pese a esta periodización temporal, se optó por incluir excepcionalmente en este análisis a la invasión de Indochina perpetrada por Japón en 1940. Esto por entender que, pese a haber ocurrido al año siguiente del comienzo de la conflagración mundial, es esta la última de las pruebas de fuerza y embates a la seguridad colectiva que caracterizaron a esa antesala de la Segunda Guerra Mundial que fueron los años ’30. La inclusión de este hecho, sin embargo, no afecta sustantivamente la naturaleza de la periodización, que se entiende como claramente demarcada entre 1931 y 1939; así, la aventura de Indochina es una excepción por encontrarse en 1940, siendo su tipología y características típicamente propias de los años precedentes y del período comprendido entre 1931 y 1939).

Finalmente, cabe explicar el concepto de sistema internacional, definido por Raymond Aron como “el conjunto constituido por las unidades políticas que mantienen relaciones entre sí y que son susceptibles de entrar en una guerra general.”⁵

Para llevar a cabo la monografía se recurrió a una variedad de fuentes primarias, tanto editadas (como las memorias de Pu-Yi y de Carl Burckhardt), como inéditas (tal como el Tratado de Versalles), así como una bibliografía secundaria que constituye el pilar fundamental de este estudio monográfico.

Con respecto a la estructura, el trabajo se encuentra dividido en tres capítulos, correspondiendo cada uno a los tres países que amenazaron a la paz y pusieron en jaque

⁵ Traducido del original en portugués: “é o conjunto constituído pelas unidades políticas que mantêm relações regulares entre si e que são suscetíveis de entrar numa guerra geral.” De Raymond Aron, *Paz e Guerra entre as Nações*, traducido por: Sergio Bath (San Pablo: Universidade de Brasília, 2002), 153.

al sistema de seguridad colectiva: Japón, Italia y Alemania. A su vez, cada capítulo está dividido en subcapítulos, abocándose estos a cada hito perpetrado por el correspondiente país y la repercusión que tuvo su accionar en el sistema internacional.

A estos tres capítulos le sigue una conclusión general del trabajo y, en última instancia, las referencias bibliográficas.

Capítulo I: Japón

Prólogo: la nueva estela de Oriente

La historia de Japón viene de la mano de la agresión: al igual que su vecino, China, la nación-isla fue sometida a la humillación de ser abierta por la fuerza al comercio con Occidente. Pero a diferencia de China, sabría sacar fruto de ello. Esto, sin embargo, deja un legado traumático en Japón, que ve en el militarismo y la agresión de Occidente el modelo a emular para romper sus cadenas propias y emanciparse; la agresión sería la vía para frenar cualquier otra agresión.⁶ En efecto: Japón venía en un curso de colisión con Occidente desde su apertura al mundo: participante demorado de la repartición de Lejano Oriente, por vía de su tardía industrialización, el Imperio del Sol Naciente no estuvo dispuesto a renunciar a sus aspiraciones imperiales. Infligió primero una aplastante derrota a China en la primera guerra chino-japonesa. Participó activamente de la constelación de potencias que participaron en la rebelión de los Boxer contra China y culminó su estelar ascenso a la escena mundial librando una victoriosa guerra contra la Rusia zarista. Pero Occidente veía con malos ojos esta intromisión nipona en la escena internacional de las grandes potencias, tan dominada por Europa y comienza a trazar un curso de colisión con Tokio cuyo desenlace último e irrevocable será la Segunda Guerra Mundial.

Desde antaño había ido perfilándose una rivalidad entre Japón y China. Por más de que la nación insular hubiera admirado desde siempre y referido a China como inspiración cultural, reconociéndole incluso ese mandato celestial –una suerte de primacía internacional- que tanto se adjudicaba, lo cierto es que más que un verdadero súbdito, era

⁶ Louise Young, *Japan's total empire: Manchuria and the culture of wartime imperialism* (Londres: University of California Press, 1999), 23.

un vasallo rebelde.⁷ Sacudiéndose el yugo de Pekín, el Japón desafía al gigante asiático, allí donde ningún otro país de la región podía hacerlo. A duras penas logra preservar su independencia a través de los siglos, generando un antagonismo entre los dos que, hasta la Restauración Meiji y la industrialización, Japón no podría ganar. Pero el advenimiento de los occidentales cambia la ecuación: Japón –a diferencia de China- implementa las mejoras tecnológicas y estratégicas de Occidente y en pocas décadas deja atrás el feudalismo para ser una nación de punta.⁸ Dándose cuenta de que su astro está en ascenso (y sabiendo que esto sería una situación temporal), los japoneses deciden sacar provecho de ello, primero obteniendo la anexión de las Islas Ryukyu (disputadas entre ambas potencias asiáticas)⁹ y luego librando una guerra abierta con China sobre la delimitación de esferas de influencia en Corea en lo que sería la primera guerra chino-japonesa¹⁰, guerra que culmina con una aplastante victoria japonesa. A partir de ahí el rol víctima-victimario se invierte y pasa a ser el Japón quien hostigará a su vecino por sucesivas décadas; una genuina lucha por esferas de influencia (y por la supervivencia) se producirá de aquí en más entre ambos países.

Pero es precisamente en las negociaciones de paz con China, que culminarían en el Tratado de Shimonoseki, donde se empieza a perfilar el antagonismo de Occidente. Según el tratado, China debía reconocer la independencia de Corea (hasta ese entonces súbdito chino, lo cual implicaba *de facto* dejarlo a merced de Japón),¹¹ ceder la península de Liaodong con Port Arthur, así como Taiwan y las Islas Pescadores a Japón, entre otras

⁷ Rana Mitter, *Forgotten ally: China's World War II, 1937-1945* (Nueva York: Mariner Books, 2014), 33-34.

⁸ S.C.M. Paine, *The Wars for Asia, 1911-1949* (Nueva York: Cambridge University Press, 2011), 110.

⁹ Akira Iriye, "Japan's drive to great-power status", en *The Cambridge History of Japan, Vol. V: The Nineteenth Century*, ed. Marius Jansen (Nueva York: Cambridge University Press, 2008), 741.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 762, 764.

¹¹ *Ibid.*, p. 769.

cláusulas.¹² El recelo por el expansionismo nipón lleva a Rusia a intervenir a favor de Pekín. Si bien Japón se lleva de la mesa de negociaciones la conquista de Taiwán y las Islas Pescadores, Rusia consigue la mitigación de algunas de las cláusulas del tratado, adjudicándose a sí misma la cesión de Port Arthur y Dairen, así como del ferrocarril transmanchuriano.¹³

Japón no olvidaría esta afrenta. La presencia de Rusia en Manchuria hacía peligrar cualquier designio japonés sobre Lejano Oriente. Sabiendo que no podría hacerlo sin remover al coloso euroasiático, se embarca en una nueva guerra cuyo objetivo es esta Rusia que pocos años atrás le había cerrado el paso de una expoliación de China.¹⁴ La estelar campaña militar nipona – que culmina con la aplastante victoria sobre la armada rusa en Tsushima – resulta en un triunfo para la joven nación, que ostentará de ahí en más el honor de ser la primera nación oriental en batirse a duelo victoriosamente contra una potencia europea. Pero aquí un nuevo actor entra en juego para poner coto a los designios expansionistas nipones: Estados Unidos, que veía desde la otra orilla del Pacífico con recelo la expansión de Tokio en la masa asiática. Así, un nuevo jugador externo viene, nuevamente, a ponerle trabas al Japón, llegándose al punto de que el tratado que pone fin a la Guerra Ruso-Japonesa se firma en Portsmouth, Estados Unidos. Por el tratado, Rusia cede al Japón el sur de la Isla Sajalín (centro de disputas ruso-niponas desde 1875, cuando los japoneses habían renunciado a sus pretensiones sobre la isla a cambio de que los rusos les cedieran las Kuriles)¹⁵. Más importante: a Tokio se le confirma la cesión de Port Arthur y Dairén, así como de las vías férreas en Manchuria¹⁶, pese a lo cual los designios nipones más atrevidos quedan sin ser cubiertos. No obstante, el triunfo allana el camino

¹² Ibid., p. 767 y Herbert Bix, *Hirohito and the making of modern Japan* (Nueva York: Perennial, 2001), 8-9.

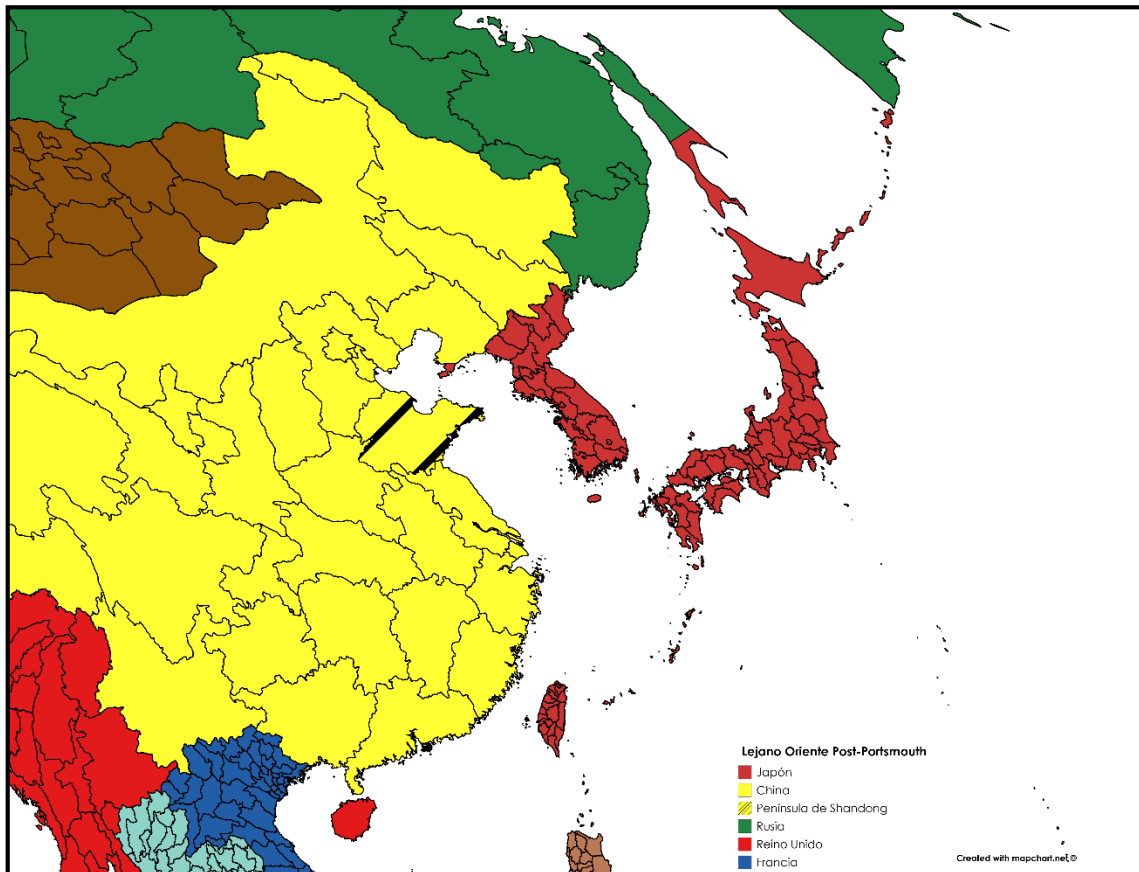
¹³ John Keay, *China: a history* (Nueva York: Basic Books, 2009), 489-490 y Young 1999, pp. 24-25.

¹⁴ Iriye 2008, p. 775.

¹⁵ Ibid., p. 741.

¹⁶ Young, 1999, p. 3.

para el establecimiento de un Protectorado en la Península de Corea en 1905 y una posterior anexión de esta en 1910, no pudiendo sus vecinos, Rusia y China, hacer nada para impedirlo.¹⁷



Mapa I: Lejano Oriente Post-Portsmouth. Fuente: elaboración personal a través de mapchart.net.

El estallido de la Primera Guerra Mundial encuentra a Japón recientemente ensanchado en sus confines, pero en visible incomodidad con el concierto internacional. Participa en la guerra tímidamente, tomando las concesiones alemanas en Lejano Oriente y esgrimiendo su rol como jugador tibio para extraer concesiones de sus aliados durante la guerra.¹⁸ En ese intervalo es cuando aprovecha para extenderle a China las veintiuna

¹⁷ Henry Kissinger, *On China* (Nueva York: Penguin Books, 2012), 78-86; Mitter, 2014, pp. 34-35; Young, 1999, pp. 25, 27 e Ikuhiko Hata, "Continental expansion, 1905-1941", en *The Cambridge History of Japan, Vol. VI: The Twentieth Century*, ed. Peter Duus, traducido por Alvin Coox (Nueva York: Cambridge University Press, 2008), 278.

¹⁸ Hata 2008, pp. 279-280.

exigencias, cuyo quinto y último grupo habría convertido al gigante asiático en un genuino protectorado nipón; sólo la intervención de Estados Unidos pudo evitar la prosecución del tratado.¹⁹ Era tal el grado de desconfianza y animadversión que suscitaba el Trono del Crisantemo en Occidente, que cuando estalla el escándalo del Telegrama Zimmermann en Estados Unidos –escándalo que giró en torno a una propuesta alemana, interceptada antes de llegar a destino, de repartirse junto con Japón y México el territorio de EEUU en caso de guerra con el gigante norteamericano- ninguno de sus supuestos aliados son capaces de poner las manos en el fuego por el imperio asiático.²⁰

No es de extrañar el fiasco con el que se topa el Japón en la mesa de negociaciones: su escueta participación en la guerra y el aura de desconfianza que le rodeaba no contribuía a legitimar sus reclamos, que vistos en retrospectiva no eran todos del todo injustos. La delegación nipona bregaba por dos postulados centrales: la inclusión de una cláusula de no-discriminación en la Carta de la Sociedad de las Naciones y la cesión de la concesión de Shandong –hasta ese momento alemana, ubicada en suelo chino- a Tokio. Si bien los 14 Puntos de Wilson son famosos por lo obstaculizadores que fueron para la sana conducción de las negociaciones en Versalles (sin ir más lejos, como veremos más adelante, es su postulado del principio de autodeterminación de los pueblos lo que sienta las bases del polvorín sobre el cual se sentará Europa en vísperas de la Segunda Guerra Mundial), lo cierto es que con el Japón se esgrimió un doble estándar: el discurso de igualdad y hermandad que caracterizaba al espíritu fundador de la Sociedad de las Naciones tenía su límite en la inclusión de los asiáticos en su esfera. El rechazo de los estadounidenses por los asiáticos (famoso por una ley de California que restringía la inmigración nipona al suelo californiano) era tan virulento, que el principio wilsoniano

¹⁹ Ibid., p. 280.

²⁰ Barbara Tuchman, *The Zimmermann telegram: America enters the war, 1917-1918* (Nueva York: Random House, 2014), 59.

de autodeterminación de los pueblos fue obviado por su mismísimo autor al entregar el territorio de Shandong – étnicamente chino – al Japón en aras de apaciguar a Tokio.²¹ El mensaje que recibe éste es claro: podrían recibir todo el territorio que quisieran, pero jamás serían admitidos como pares en el concierto de las naciones.²²

No llama la atención, el grado de recelo, escepticismo y nihilismo internacional que permea las esferas políticas del Imperio del Sol Naciente al comienzo de la década del '20. Una nueva mediación estadounidense en 1922, que concluyó con la restitución de Shandong a China (preservando Tokio derechos sobre los ferrocarriles) no hizo más que agravar la sensación de aislamiento que se cernía sobre el Trono de Crisantemo.²³ Se empieza a apoderar del país una sensación de asfixia internacional, acompañada por una convicción de que el mundo está embarcado en una conspiración global, que pone a los dirigentes del país frente a una encrucijada: o continuar con la expansión, o verse devorados por la corriente. Esta será una disyuntiva que poblará el imaginario colectivo japonés, especialmente de cara a la industrialización y *aggiornamento* tecnológico de su némesis asiático: China.

China venía sufriendo a manos de Occidente agravio tras agravio: la Guerra del Opio resultó en una apertura violenta e inesperada para una orgullosa nación que se creía el centro del mundo. El Partido conservador, receloso de todo lo extranjero, triunfa sobre los que pregonan la apertura y la inclusión de las técnicas y tecnologías de Occidente. Mientras que en Japón la Guerra Boshin resulta en la Restauración Meiji y en el auge del industrialismo nipón, en China se viven feroces conflictos que sacuden al Reino del

²¹ Margaret Macmillan, *Paris 1919: Six months that changed the world* (Nueva York: Random House, 2003), 334.

²² *Ibid.*, p. 342.

²³ Hata 2008, pp. 282-283; Mark Peattie, "The Japanese colonial empire, 1895-1945", en *The Cambridge History of Japan, Vol. VI: The Twentieth Century*, ed. Peter Duus (Nueva York: Cambridge University Press, 2008), 228-229 y Macmillan 2003, p. 343.

Medio. No todos tienen motivos tecnológicos, pero todos tienen como origen al contacto con Occidente.

La Rebelión de los Taiping, el mayor conflicto de estos (y una de las dos guerras con mayores muertes en la historia de la humanidad, superando a la Primera Guerra Mundial en costo de vidas humanas), tuvo su origen en un campesino chino que se atribuía ser un hermano de Jesús. Demás está decir que sin la intromisión de la libre circulación de misioneros que le fuera impuesta a China por vía de los Tratados Desiguales que siguieron a la Guerra del Opio, jamás habría fermentado algo así en la corte de los Qing.²⁴

La sentencia de muerte de este imperio renuente al cambio estaba anunciada y no hizo más que confirmarse con el bautismo de fuego del Imperio del Sol Naciente y la aplastante derrota del orgulloso ejército milenario de Pekín. La Emperatriz Xi Xi, en su arrogancia, busca expulsar a todos los extranjeros del país, desatando la Rebelión de los Boxer, único conflicto internacional en vísperas de la Primera Guerra Mundial que reuniera semejante consorcio de potencias tan dispares como Alemania, Francia, Italia, Rusia, el Imperio Otomano, Austria-Hungría, Estados Unidos, Gran Bretaña y la recién ingresada al concierto: Japón.²⁵ Nada pone de relieve con tal magnitud la imposición exógena del sistema a la apertura china como esta intervención de las Grandes Potencias del momento.

A partir de aquí, China estará obligada a ser parte del sistema internacional, pero no en sus términos, como Japón había hecho y logrado imponer al ganarle de mano a los occidentales e industrializarse *motu proprio*: no, China se percibe como víctima de la constelación internacional y sufrirá de ahí en más de un complejo de abandono de

²⁴ Iriye 2008, p. 734 y Keay 2009, pp. 455-457, 462, 464, 477-479.

²⁵ Keay 2009, pp. 490-496.

Occidente que la perseguirá hasta las postrimerías de la Primera Guerra Mundial y el ocaso de los años '20.

Los años '20 no fueron fáciles para China: ya en vísperas de la Primera Guerra Mundial una revolución había destronado a los centenarios Qing y resultado en una serie de conflictos que culminaron en el establecimiento de una frágil república guiada por Sun Yat-Sen. Pu-Yi, el último emperador Qing, se refugió en el consulado japonés tras una intentona de dar captura a su persona y prestamente enviado a Japón.²⁶ La muerte de Sun Yat-Sen y el vacío de poder que siguió a su muerte dio lugar a la era de los señores de la guerra: una sucesión interminable de conflictos internos que sacudieron a China viendo al país dividido en reductos milicianos aglutinados en torno a la presencia de un caudillo regional que detentaba la autoridad máxima en su zona de control. Este tipo de gobierno personalísimo y fragmentado se vio subsumido dentro de la pugna entre dos bandos: el bando Nacionalista, heredero de Sun Yat-Sen, liderado por Chiang Kai-Chek y el bando Comunista de Mao Tse-Tung, que pasarían a protagonizar las siguientes tres décadas con sus prolongados conflictos y frágiles alianzas. Pero toda esta rivalidad interna no hacía más que debilitar al gigante asiático y erosionar su estructura central, allanando el terreno a su depredador clásico: Japón.²⁷

Si los años '20 fueron para China una época de fragmentación, caos y anarquía, para Japón fueron la antesala de una centralización y consolidación sin parangón. La década se abre con el declive de la salud mental del Emperador Taishō, cuyo hijo, el príncipe regente, Hirohito, pasa a desplazarlo como figura central. A la muerte del padre a fines de 1926, el joven Hirohito asume la cabeza del milenarismo Trono de Crisantemo y se embarca en un proceso sistemático de consolidación del poder y empoderamiento del

²⁶ Henry Pu Yi, *The last manchu: The autobiography of Henry Pu Yi, last emperor of China* (Nueva York: Skyhorse Publishing, 2010), 114-115.

²⁷ Keay 2009, pp. 499, 507-512 y Young 1999, pp. 26, 30, 35.

estado. La nación japonesa se empieza a aunar en base al *ethos* colectivista, tan prevalente en el fascismo occidental y a dar una noción de pertenencia a un pueblo, nación y sangre mezclado con un carácter divino y metafísico propio de los asiáticos. El mandato del Emperador Shōwa (Paz Iluminada), como se hará llamar Hirohito, resultará de una gran ironía para aquellos que analicen los primeros 20 años de su jefatura de estado.²⁸

Lo cierto es que, *a priori*, nada parece advertir esta belicosidad nipona: el Imperio del Sol Naciente es un signatario del Pacto Briand-Kellogg que implica la renuncia al uso o a la amenaza del uso de la fuerza para la solución de controversias internacionales. La participación del Japón en las conferencias de restricción navales constituye, asimismo, un afán de entendimiento con Occidente que hace pensar a muchos observadores occidentales que el consorcio con Tokio puede ser posible. Pero una serie de eventos que se desatan en la década del '30 pondrán al país asiático en un curso de colisión del cual no habría retorno. La erosión de la democracia propia de los primeros años de la monarquía Shōwa habían socavado los pilares fundamentales de un gobierno funcional y sentado las bases de un populismo divino exaltado. La situación pronto desbordaría a la figura del Emperador mismo, transformándose en algo pan nacional y autónomo, que se vería exacerbado, como los otros dos totalitarismos de los años '30, con la crisis de 1929,²⁹ el gran punto de inflexión que selló la suerte de la democracia mundial. En el trazado y la toma de estas decisiones, el interés geopolítico, sumado a la psicología colectiva nipona y a los imperativos económicos del país, jugaron un rol definitorio.

²⁸ Bix 2001, pp. 171, 198-203.

²⁹ Pierre Renouvin, *Historia de las relaciones internacionales* (Madrid: Akal, 1990), 977 y Young 1999, pp. 4, 40.

El incidente de Mukden y la crisis de Manchuria.

La crisis de Manchuria pone de relieve esta constelación de intereses y amenazas al Japón: tomando pronto un incidente regional un cariz verdadera y genuinamente internacional. El 18 de Septiembre de 1931 explotó una bomba en la concesión ferroviaria japonesa que gestionaran en Manchuria desde el final de la Guerra Ruso-Japonesa.³⁰ El atentado, adjudicado a los chinos, fue perpetrado por los generales Ishiwara Kanji y Seishirō Itagaki del Ejército Kwantung nipón, quienes procedieron a la invasión de la región septentrional china sin esperar siquiera órdenes de Tokio.³¹ Estos generales, pertenecientes a la facción *Kōdōha* (“camino imperial”) del ejército nipón, actuaron sin anuencia del gobierno, creyendo actuar en el interés común de la patria y del Emperador, pero a medida que el Ejército Kwantung continuaba avanzando en su conquista del territorio, el interés del gobierno central en desestimular la empresa fue menguando y se empezó a prestar un consorcio activo a la aventura manchuriana. Bajo el pretexto de estar pacificando a la región y de velar por los intereses de la población autóctona, los manchurianos, los japoneses establecieron un estado marioneta denominado “Manchukuo”, cuyo soberano sería prontamente Pu-Yi, el depuesto emperador Qing exiliado en Japón.³²

¿Cuál era la importancia de Manchuria? Como vimos, Japón tenía preocupaciones de cuatro órdenes distintos: demográfico, económico, espiritual y geopolítico. En primer lugar, Manchuria para Japón significaba un desahogo de índole territorial a su exhausta superficie insular. La vasta llanura manchuriana ofrecía a la hacinada población nipona un respiro muy necesitado. Por otra parte, la región era rica en minerales necesarios para la industria japonesa (por no mencionar el potencial que tenían como mercado de destino de manufacturas una vez desarrollada la región). Además, los japoneses veían en su

³⁰ Renouvin 1990, p. 978.

³¹ Hata 2008, p. 294.

³² Pu Yi 2010, pp. 156-158, 176 y Renouvin 1990, p. 978.

cruzada manchuriana una suerte de “destino manifiesto”, la realización de una misión mayor en el continente asiático, que les era propia por derecho divino. Finalmente, la región cumplía un rol geopolítico: como antesala geográfica de Corea (esta misma una suerte de “daga” que apuntaba al corazón de Japón), servía como “colchón” a cualquier invasor putativo del Imperio del Sol Naciente; Manchuria era pues necesaria para la política exterior nipona desde que esta se perfiló imperialista y se tornó asertiva.³³

En vísperas del atentado, se había dado una aproximación entre Zhang Xueliang, el señor de la guerra chino a cargo de Manchuria y Chiang Kai-Shek, acercamiento que amenazaba con alterar el equilibrio de poder en la zona y poner en riesgo este colchón de seguridad del cual dependían los japoneses. La región era, para Japón, sencillamente demasiado importante como para dejarla caer en manos de un enemigo que lentamente, tras décadas de tumulto, empezaba a consolidarse nuevamente.³⁴

El gobierno central chino protestó esta incursión militar en su territorio, que contravenía el pacto Briand-Kellogg suscrito por Tokio así como todo compromiso y presupuesto internacional que rigiera a la Sociedad de las Naciones, lo que resultó en la designación británica de la Comisión Lytton para que investigase el acontecimiento.³⁵ El repudio internacional al hecho (que no obstante lo criticable, no suscitó sanciones por no tener la Sociedad un mecanismo adaptado a ello) llevó al retiro de Japón de la Sociedad de las Naciones y a su ostracismo internacional. El hecho serviría no obstante como antecedente, lo que llevaría a la Sociedad de las Naciones al diseño de normas punitivas más severas de las cuales el sistema podría disponer en caso de una nueva fractura – que sería puesto

³³ Bix 2001, pp. 266-267 y Young 1999, pp. 24, 30.

³⁴ Young 1999, p. 38.

³⁵ Bix 2001, p. 257.

en práctica en el caso italiano – pero esto llegó demasiado tarde para salvar a Manchuria. La inercia del sistema internacional condenó a China a quedar en manos del Japón.

¿Por qué no actuaron las potencias? Gran Bretaña había sido históricamente la gran aliada del Japón y modelo de su división legislativa bicameral, así como inspiración en el desarrollo naval. Ambas eran naciones insulares que habían escapado a través de su historia a invasiones de gigantes de tierra firme gracias al cerco acuático que los convertía en inexpugnables. No sólo eso: la distancia geográfica y rivalidades compartidas (como aquella con Rusia a principios de Siglo XX) hacía de ellos colaboradores naturales. Pero el tiempo del idilio estaba llegando a su fin: Gran Bretaña temía un crecimiento de su otrora aliado por su posesión de Hong Kong, así como de sus colonias en Indonesia y Malasia y es eso mismo lo que lleva a Londres a contemporizar con Tokio: no son razones de orden moral, sino la imposición de la más pura *Realpolitik* la que empuja la mano de los británicos.³⁶

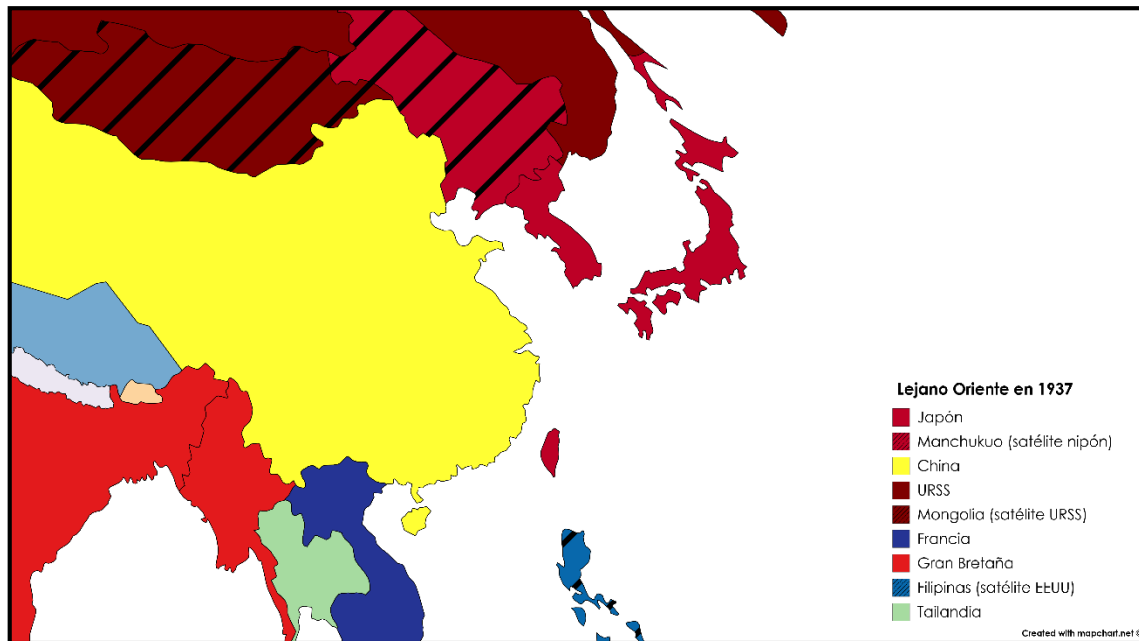
La Unión Soviética – sucesora del enemigo acérrimo nipón: Rusia – estaba también maniatada, abocada a la reconstrucción que había sucedido a las pugnas internas entre estalinistas y trotskistas.³⁷

El caso de Estados Unidos es el más enigmático, así como incomparablemente determinante: el único país que tenía una presencia suficientemente sólida en el Pacífico como para hacer frente al Imperio del Sol Naciente era Estados Unidos. Por más que no fuera parte del sistema de la Sociedad de las Naciones, poco podía convenir a los intereses de Washington un expansionismo irrestricto de Tokio en tierra firme. Cuanto más poderosa se hiciera esta última, menos podía convenir a la primera. Pero la crisis del '29 tenía paralizado al gigante americano, teniendo este que contentarse con perseguir la línea

³⁶ Renouvin 1990, p. 981.

³⁷ Hata 2008, p. 297.

de no reconocimiento propuesta por el secretario de estado Henry Stimson.³⁸ Así, Japón se ensanchó a expensas de China sin mediar intervención extranjera. Pero Washington no olvidaría este hecho y tendría oportunidad de desquitarse con ocasión de la incursión del '37 de la mano del incidente del Puente Marco Polo, que desataría la guerra total entre los gigantes asiáticos.³⁹



Mapa II: Lejano Oriente en 1937. Fuente: elaboración personal a través de mapchart.net.

Este enfrentamiento fue precedido por una serie de incursiones niponas que fueron desde aquella de Shanghai y la incursión de Jehol (anexada al estado manchú en 1933), hasta la de Hopei, todas planeadas por las tropas apostadas en la región, sin la aprobación de Tokio. La dicotomía entre los militares y los círculos dirigentes no hacía más que crecer, pese a lo cual el gobierno eventualmente reivindicó las acciones.⁴⁰

Es este litigio constante entre el poder civil y el poder militar el que termina conduciendo al espiral desenfrenado que llevaría a la guerra con China: por obra de Kenji Doihara, un general japonés, se había establecido en el noreste chino un Estado marioneta a la usanza

³⁸ Ibid., pp. 296-297.

³⁹ Renouvin 1990, pp. 982-983.

⁴⁰ Bix 2001, pp. 250-251, 257-261, 271, 317.

manchú. En Tokio cunde el pánico por el peligro de la indomable cúpula militar en tierra firme, lo que lleva al gobierno a decidir la remoción paulatina de contingentes japoneses de puntos críticos para evitar colisión con tropas chinas. Una de estas áreas es el Puente Marco Polo en las cercanías de Pekín. Doihara, percatándose del peligro inminente de recorte a su margen de maniobra y queriendo dar un paso de mayor peso en China, produce una escaramuza entre las guarniciones chinas y japonesas apostadas en el puente. El minúsculo hecho derivaría pronto en una confrontación regional y de ahí a una conflagración internacional.⁴¹

El incidente del Puente Marco Polo y el estallido de la segunda guerra chino-japonesa

El incidente del Puente Marco Polo es distinto de aquél de Manchuria en varios aspectos: en primera instancia, es el gobierno central de Japón el que desde el primer momento toma cartas en el asunto, destinando recursos y proyectando una invasión a gran escala de China, muy por encima de lo que el incidente inicial podría haber detonado.⁴² En segundo lugar, porque la envergadura del conflicto pasa de tener un confín regional (como el de Manchuria) a tener una escala internacional, que desembocaría en el teatro de operaciones de la Segunda Guerra Mundial (llegando a ser considerado por muchos historiadores como el comienzo de la guerra misma, entendiendo que los primeros disparos entre contrincantes de la guerra se dieron en el Puente Marco Polo, dos años antes de la invasión de Polonia).

Los intereses que llevan a Japón a invadir la totalidad de China son similares a aquellos que inicialmente habían propiciado la aventura manchuriana: el deseo de expandir sus

⁴¹ John Toland, *The Rising Sun: The decline and fall of the japanese empire, 1936-1945* (Nueva York: Modern Library, 2003), 36-37, 43-47 y Mitter 2014, pp. 79-81.

⁴² David Kennedy, *Freedom from fear: The american people in depression and war, 1929-1945* (Nueva York: Oxford University Press, 1999), 504 y Renouvin 1990, p. 1030.

mercados y de consolidar el prestigio nacional en el interior del país como en el exterior, así como la concreción de una suerte de destino manifiesto de guiar al Lejano Oriente.⁴³

Este rol de guía de Lejano Oriente se concretaría en la famosa Esfera de Co-Prosperidad de la Gran Asia Oriental, una suerte de constelación regional asiática liderada por Japón.⁴⁴

En esta crisis, así como en las precedentes, Japón fue guiado a la conquista por un deseo siempre creciente de seguridad: la cuestión de Corea que propiciara la Primera Guerra Chino-japonesa, la cuestión manchuriana e incluso esta cuestión china se trazaban todas dentro del marco de una necesidad de expansión cuya finalidad – insaciable – era de extender las fronteras lo más lejos posible del país para consolidar su base terrestre y servir de barrera para cualquier conquistador. El empuje final hacia el Pacífico Sur, como veremos más adelante, obedecerá también a este esquema de pensamiento.⁴⁵

La crisis china pone a las potencias occidentales nuevamente en jaque; Francia está demasiado ocupada con el peligro alemán y no desea inmiscuirse en los asuntos de Lejano Oriente, que entiende que le conciernen poco. El Reino Unido mira preocupado el conflicto chino-japonés, pero se tranquiliza cuando los japoneses respetan las posesiones europeas. Prevalece en las altas esferas occidentales un desentendimiento mayúsculo de lo que se perciben como asuntos puramente asiáticos. Ni si quiera en esta ocasión interviene Estados Unidos y no lo hará hasta el siguiente gran paso, definitivo, de la política japonesa.⁴⁶ Quien no dejó pasar inadvertida la debacle china fue, sin embargo, Hitler, quien lejos de querer apoyar a quien fuera su aliado -Chiang Kai-Chek- se abre de China para alinear su destino a aquél que entiende como el astro naciente: Japón.⁴⁷

⁴³ Renouvin 1990, pp. 1029-1031.

⁴⁴ Richard Overy y Andrew Wheatcroft, *The road to war* (Londres: Ebury Publishing, 1989), 241.

⁴⁵ Peattie 2008, p. 220.

⁴⁶ Renouvin 1990, pp. 1032-1033.

⁴⁷ Mitter 2014, pp. 164-165.

Así, la crisis del Puente Marco Polo que desata a la guerra chino-japonesa no bastará para lograr la intervención del mundo en el escenario asiático. Una vez más Japón logra proceder impunemente con su campaña, invadiendo al gigante asiático. Pero encontraría eventualmente una vehemente oposición a su expansión en uno de los lugares posiblemente más inesperados no sólo de Asia, sino del mundo: Indochina.

Hacia una nueva guerra dentro de la guerra: la ocupación de Indochina y el fin de la contemporización

Más allá del consorcio alemán que pronto vendría a definir las relaciones del Japón con el resto del mundo, el rol de Alemania en desatar la Segunda Guerra Mundial en Europa suscitó un gran respiro en Tokio. Por primera vez los ojos del mundo estaban decididamente centrados en Alemania y en el país nipón se vislumbraba la posibilidad de conducir una política expansionista más libremente.⁴⁸ Pero ni todos los sueños japoneses habrían podido contar con el *Blitzkrieg* alemán y la caída en rápida sucesión de Europa bajo la *Wehrmacht* alemana. Con Holanda y Francia sometidas bajo el yugo germano y Londres bajo constante ataque de la *Luftwaffe*, los japoneses ven cerca el momento para ocupar las vastas posesiones europeas en el Pacífico, cuyo territorio se usaba para permitir el pasaje de convoyes que abastecieran al gobierno de Chiang Kai-Chek⁴⁹ y cuyas materias primas tan necesarias eran para la conducción de la guerra con China (cuya guerra era, en primer lugar, librada para conseguir autonomía económica).⁵⁰ Japón, viendo la estrella alemana en ascenso, firma el Pacto Tripartito con Berlín y Roma y,

⁴⁸ Renouvin 1990, pp. 1180-1181.

⁴⁹ Jay Taylor, *The Generalissimo: Chiang Kai-Shek and the struggle for Modern China* (Cambridge: Harvard University Press, 2009), 170.

⁵⁰ Kennedy 1999, p. 509 y Overy y Wheatcroft 1989, pp. 248-249.

aprovechándose de la ocupación alemana de Francia, negocian con el gobierno de Vichy la cesión pacífica de la Indochina francesa.⁵¹

Esta vez el repudio internacional se deja sentir: Estados Unidos ya no se mantiene impasible de cara al expansionismo nipón. El acercamiento nipón a Berlín alarma a Washington. Así, cuando Japón ocupa el norte de la península de Indochina, Cordell Hull – Secretario de Estado de Estados Unidos – advierte que avanzar conllevaría sanciones.⁵² Cuando finalmente Tokio da el paso y ocupa también el sur, Estados Unidos procede al embargo. Estados Unidos, que hasta entonces se había contentado con mirar a la Guerra Chino-japonesa sin inmiscuirse, recién entonces interviene en ella, al ver amenazadas las posesiones europeas (y las Filipinas, cuyo gobierno servía a Washington).⁵³ Pero más allá de eso, es la asociación de Tokio con Berlín lo que preocupa a Estados Unidos: para los americanos el gran enemigo es la Alemania nazi de Hitler, no Japón; pero desde que el Imperio del Sol Naciente se acercó a Alemania por vía del Pacto Tripartito, ven en la potencia asiática una extensión de la depredación nazi.⁵⁴

Es esta ocupación de la Indochina francesa la que hace que los estadounidenses se opongan a Tokio.⁵⁵ Se procede a un embargo de petróleo por parte de Estados Unidos, Gran Bretaña, China y Holanda – las potencias ABCD (por sus siglas en inglés). Considerando que el 78 por ciento de la chatarra de acero y el 80 por ciento del petróleo del mercado nipón provenían de Estados Unidos o de capitales estadounidenses respectivamente, no es de extrañar que este embargo ponga en jaque total al Imperio del

⁵¹ Toland 2003, p. 85.

⁵² Kennedy 1999, p. 506.

⁵³ Hata 2008, p. 311.

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 312-313.

⁵⁵ Toland 2003, p. 86.

Sol Naciente, embargo que sería levantado sólo si el Japón accedía a retirarse de China e Indochina.⁵⁶

Estas condiciones fueron presentadas en la nota Hull, entregada por el Secretario de Estado estadounidense al embajador japonés ante Washington, Nomura. Su contenido desata la angustia y la sospecha en Tokio, Un vacío en la redacción hace dudar a los nipones si esta misiva incluiría al territorio de Manchukuo, lo cual, para ellos, sería inaceptable.⁵⁷ Además, el embargo del crudo pone en riesgo a la conducción de la guerra: el alto mando japonés estima que en el plazo de dos años el Japón se vería sin reservas con las cuales enfrentar una guerra naval, quedando a merced de las potencias aliadas en caso de contraataque.⁵⁸ Para Tokio la decisión es clara: arriesgar el todo por el todo atacando a Estados Unidos para reabrir el comercio petrolífero y ganarle de mano al gigante americano antes de que este pudiera hacer lo propio con Japón.⁵⁹

Como dijera Richard Overy y Andrew Wheatcroft en su libro sobre el prelude a la Segunda Guerra Mundial: “Japón [...] entró en la Guerra en diciembre de 1941 no tanto con la esperanza de la victoria, sino porque el espíritu de la nación no exigía nada menos que eso.”⁶⁰

⁵⁶ Overy y Wheatcroft 1989, pp. 248-249, 256-257.

⁵⁷ Toland 2003, pp. 143-145; Overy y Wheatcroft 1989, pp. 256-257.

⁵⁸ Toland 2003, p. 86.

⁵⁹ Renouvin 1990, pp. 1183-1184 y Paul Kennedy, *The rise and fall of the great powers* (Nueva York: Vintage Books, 1989), 303.

⁶⁰ Traducido del inglés: “Japan [...] entered the war in December 1941 not so much in the hope of victory, but because the spirit of the nation demanded nothing less.” (Overy y Wheatcroft 1989, p. 257).

Capítulo II: Italia

Prólogo: el impotente nacimiento de una joven nación

Los albores de la nación italiana estuvieron plagados desde un principio de caos y desazón. Frustrado el intento de unificación de Carlos Alberto en 1848, hubo de esperarse hasta 1861, con la intervención francesa que le costaría a Piamonte-Cerdeña las posesiones de Niza y Saboya, para que los principados que componían la fracturada península itálica se aunaran bajo un estandarte.⁶¹ Pero la derrota infligida a los austríacos en Magenta y Solferino no había bastado para arrebatarles más que Lombardía; habría que esperar a la guerra del '66 entre Austria y Prusia para reclamar el Véneto e incluso a la guerra del '70-'71 entre Francia y los estados alemanes para entrar a la Ciudad Eterna.⁶² Italia en sus albores parecía incapaz de emprender acción alguna de *motu proprio* que llegara a buen término.

Italia, determinada a labrarse un lugar bajo el sol se adentró en Eritrea y, valiéndose de un litigio sucesorio, intervino en las cuestiones del Reino de Abisinia con la esperanza de anexárselo. Pero esta triste empresa le valdría a Italia la humillación de ser la única potencia europea vencida por un país africano al que se pretendía colonizar.⁶³ Derrotada en la batalla de Adua, Italia se ha de contentar con una expansión a expensas de un imperio turco que exhalaba sus últimos estertores: en una maniobra que pretende evocar la reconstrucción del espacio mediterráneo de la Gran Roma, la joven nación se hace con el territorio de la Libia otomana.⁶⁴

⁶¹ Indro Montanelli, *La grande storia d'Italia. L'Italia unita*, (Milán: Biblioteca Universale Rizzoli, 2015b), 501 y Renouvin 1990, pp. 259-265.

⁶² Montanelli 2015, pp. 587, 596-599.

⁶³ R. J. B. Bosworth, *Mussolini's Italy: Life under the fascist dictatorship 1915-1945* (Londres: Penguin Books, 2005), 370; Renouvin 1990, p. 476.

⁶⁴ Indro Montanelli, *La grande storia d'Italia. L'Italia delle grandi guerre. Da Giolitti all'armistizio* (Milán: Biblioteca Universale Rizzoli, 2015a). 52, 56-62 y Renouvin 1990, pp. 509-510; Bosworth 2005, p. 371.

Todavía fuera de Italia quedaban los famosos territorios de la *Italia irredenta*: desde el Trentino-Alto Adigio hasta las costas de la Dalmacia, pasando por las ciudades costeras de Trieste y Fiume, Roma miraba hacia su aliado Austria-Hungría, con cuyo deceso contaba para culminar su proyecto unitario. No es de extrañar que cuando estalló la guerra de 1914, el país mediterráneo se lanzó – tras una vacilación de unos meses – en brazos de los enemigos de sus aliados para intentar con ello hacerse con la tierra anhelada.⁶⁵



Mapa III: La Italia Irredenta. Fuente: elaboración personal a través de mapchart.net.

Pero el desempeño italiano no estuvo a la altura de lo esperado por sus nuevos aliados y los negociadores italianos se vieron dejados de lado en las conversaciones de paz de París 1919. A muy duras penas y muy a pesar del presidente Wilson se les concedió la cesión del Trentino-Alto Adigio y de la península de Istria. Pero Dalmacia y Fiume quedaban

⁶⁵ G.J. Meyer, *A world undone: the story of the Great War, 1914-1918* (Nueva York: Delta, 2006) 292-294; Macmillan 2003, p. 282.

fuera del alcance de Roma.⁶⁶ La maniobra provocó el descontento y el clamor popular pronto encontró expresión en Gabriele D'Annunzio, célebre poeta de la época y héroe de guerra, quien marchó sobre Fiume autoproclamándose señor de esta y portaestandarte de la causa nacional redentora. Pero la empresa dannunziana culminaría en un baño de sangre fratricida entre italianos – ya que Roma se opuso a la empresa, bajo presión interaliada, llegando a enviar un contingente armado para desalojar a D'Annunzio de la ciudad – y el *vate* hubo de retirarse a Italia.⁶⁷

Removido el poeta de la ecuación, quedaba abierta la vía para Benito Mussolini, rival de D'Annunzio quien, valiéndose del vacío de poder dejado por la remoción del *vate*, pasa a liderar la escena del fascismo italiano, movimiento a cuya cabeza se encuentra cuando da su famosa “Marcha sobre Roma” y se instala al poder.⁶⁸ Pese a haberse opuesto a la empresa dannunziana cuando tuvo lugar (entendiendo que con esto sacaría provecho del declive de la figura de su máximo opositor), hecho que le valdría ser tratado de traidor por parte de los fascistas fiuminenses, uno de sus primeros actos a la cabeza del país fue la toma del Fiume, valiéndose del rédito político de la maniobra.⁶⁹ El fascismo transcurriría la siguiente década con relativa tranquilidad hasta el ascenso al poder de una nueva figura de relieve en el espectro político del fascismo. Pero a diferencia de D'Annunzio, está vendría desde fuera de Italia: Adolf Hitler.

Mussolini temía a su discípulo germano: los reclamos territoriales del nacionalsocialismo se extendían hasta al Trentino-Alto Adigio italiano (ver mapa VII) y si bien el *Führer* personalmente extendía a Mussolini sus garantías de paz, no se podía decir lo mismo de

⁶⁶ Macmillan 2003, pp. 291, 301-302.

⁶⁷ Ibid., pp. 302-305.

⁶⁸ Indro Montanelli, *L'Italia in camicia nera* (Milán: Biblioteca Universale Rizzoli, 1999) pp. 82, 128-134.

⁶⁹ Ibid., pp. 10-11, 71-72 158-159.

sus jerarcas más cercanos.⁷⁰ No sólo eso: Italia albergaba el deseo de mantener a la región balcánica atomizada, buscando anular a la Pequeña Entente de Francia y, específicamente, persiguiendo el fin de aislar a Yugoslavia, estado al cual Italia estaba opuesta desde la cuestión fiuminense. Un avance alemán en la región habría significado una irrupción germana en el espacio balcánico, lo que habría desplazado total o parcialmente a Roma.⁷¹ Los miedos italianos tenían por añadidura un precedente histórico reciente: con ocasión de la muerte del canciller austríacos Engelbert Dollfuss, se había llevado a cabo un intento de *putsch* nacionalsocialista en Austria, frenado a último momento por la irrupción de la figura de Kurt Schuschnigg en la escena política austríaca. Pero el miedo del *Anschluss* estaba vivo en las esferas políticas italianas cuando despunta el año 1935.⁷²

No es de extrañar que en el marco de estas preocupaciones geopolíticas Mussolini dejase los intereses del fascismo ideológico de lado al celebrar con Francia y Gran Bretaña, enemigas ideológicas del fascismo, la alianza defensiva conocida como el “Frente común de Stresa”; su objetivo: mantener el *statu quo* de *Mitteleuropa* intacto, apuntando en particular al temor de que Alemania se cerniese sobre Austria y desde ahí prosiguiera al Trentino-Alto Adigio.⁷³ Pero esta iniciativa fracasaría por un hecho ajeno al escenario europeo: la Guerra de Etiopía.

Como fue mencionado, la antigua Abisinia – Etiopía – tenía el honor de ser el único país africano que había resistido a una intentona europea colonizadora, e Italia el (dudoso)

⁷⁰ Goebbels menciona la cuestión del Tirol del Sur en reiteradas ocasiones en sus memorias, llegando a explicitar, con ocasión de la ocupación del norte de Italia tras la rendición del país mediterráneo en 1943, designios de anexión incluso de la provincia del véneto llegando a querer anexionarse todos los territorios que otrora fueran parte del imperio austríaco. Por más información ver: Joseph Goebbels, *Joseph Goebbels - Tagebücher 1924-1945* (Múnich: Piper, 1999), 234, 314, 1149, 1232, 1249, 1342, 1385, 1951.

⁷¹ John Gooch, *Mussolini and his generals: the armed forces and fascist foreign policy 1922-1940*, (Cambridge: Cambridge University Press, 2007), 130-131, 197-199.

⁷² Nicolas Beaupré, *1914-1945: les Grandes Guerres* (Trebaseleghe: Belin-Humensis, 2019), 796; Renouvin 1990, pp. 986, 991.

⁷³Renouvin 1990, p. 1001.

honor de ser el único país europeo derrotado por uno africano en el Siglo XIX. La huella de la Batalla de Adua encarnaba la vergüenza nacional y Mussolini no encuentra mejor manera de cimentar la posición nacional que erradicándola. Una aparente dimensión colonial parecería dar la pauta de que la cuestión etíope estuviese divorciada del escenario europeo, pero no es así: por un lado el fascismo veía en la empresa etíope la posibilidad de incrementar su posición relativa de cara a las otras potencias europeas, a la vez que quería aprovechar la situación política en Europa, que entendía como todavía favorable, antes de quedarse sin margen de maniobra.⁷⁴ Así visto, el objetivo dual de la política mussoliniana sería aquél de la venganza redentora que purgara la mácula de Adua a la vez que demostraba el poder de la “Nueva Italia”.⁷⁵

El panorama se puede completar agregando dos componentes, el primero de los cuales es la variable demográfica: Italia venía proyectando desde tiempos coloniales de la empresa de Libia el deseo de hacer de África una tierra de italianos, buscando con ello solucionar los problemas económicos mediante la eliminación de la desocupación y el flujo de remesas.⁷⁶ Puestos así ambos objetivos, el del proyecto imperial prestigioso y del desahogo demográfico, el historiador Emanuele Ertola discurre de tal forma sobre la empresa etíope: “La política imperial del fascismo es por consiguiente interpretable como consecuencia última – y en un cierto sentido natural – de la política demográfica y migratoria tal como se habían visto reconfiguradas a partir de 1927 en una perspectiva de relanzamiento económico y prestigio internacional.”⁷⁷ A este análisis podemos agregar un tercer factor, el geoestratégico (en tanto que el control de Etiopía permitía vincular

⁷⁴ Gooch 2007, pp. 253-254.

⁷⁵ Robert Mallett, *Mussolini in Ethiopia, 1919-1935: The origins of fascist Italy's african war* (Nueva York: Cambridge University Press, 2015), p. 49.

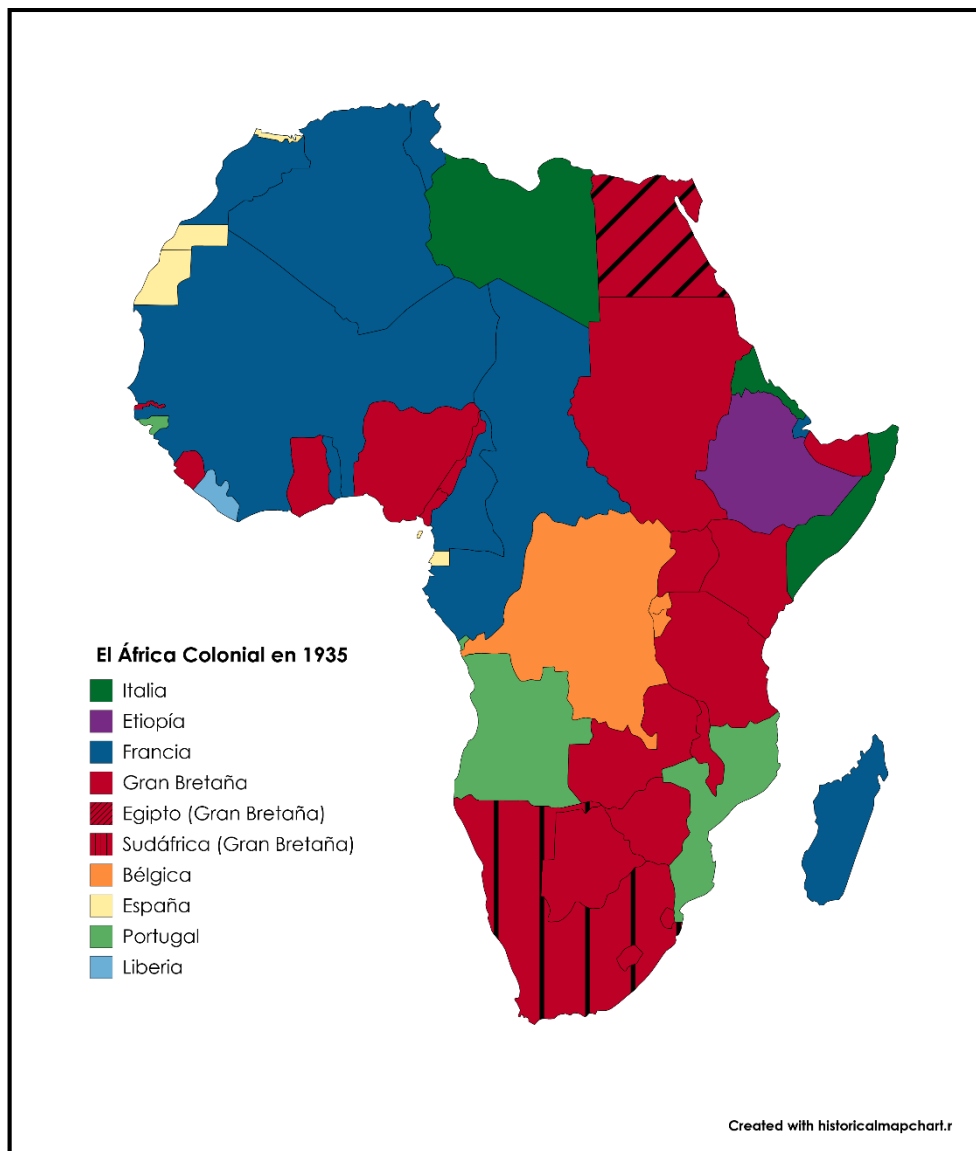
⁷⁶ Emmanuele Ertola, *In terra d’Africa: gli italiani che colonizzarono l’impero* (Bari: Editori Laterza, 2019), 5.

⁷⁷ Traducido del italiano: “La politica imperiale del fascismo è quindi interpretabile come sbocco ultimo – e in un certo senso naturale – della politica demografica e migratoria così come si erano riconfigurate a partire dal 1927, in una prospettiva di rilancio economico e prestigio internazionale.” (Ibid., p. 9).

Eritrea y Somalia italianas así como otorgarle el control del Cuerno de África y el tráfico marítimo del Mar Rojo hacia el Océano Índico);⁷⁸ con estos elementos tenemos una perspectiva completa del orden factorial tripartito fascista: demografía y economía por un lado, razones de prestigio o poder por otro y finalmente el valor geoestratégico de la región.

Podemos ver que el proyecto no tiene un génesis tan distinto que el que tuviera aquél nipón en Manchuria: son en esencia las mismas variables las que conducen a Italia a invadir Etiopía, que aquellas que impulsaran a Japón a invadir la Manchuria china.

⁷⁸ Mallett 2015, p. 212.



Mapa IV: El África Colonial en 1935. Fuente: elaboración personal a través de mapchart.net.

El incidente de Ual-Ual y la 2da guerra ítalo-etíope: el dilema de las sanciones y la ruptura del Frente de Stresa

Como ocurrió en el conflicto entre China y Japón, este tampoco careció de un *casus belli* más inmediato: el Mukden de Etiopía fue el incidente de Ual-Ual.

La región de Ual-Ual poseía pozos de agua de vital importancia para el abastecimiento de la población en los confines de Somalia y Etiopía, más su posesión era incierta. Etiopía lo reivindicaba y los somalíes (bajo régimen colonial italiano y británico) hacían lo

propio. Haile Selassie, emperador de Etiopía, anteponiéndose a la maniobra de Roma, pasa a la acción y ataca este punto de avanzada italiano: entre los días 5 y 6 de diciembre de 1934 se libra una escaramuza entre tropas irregulares etíopes contra un puñado de destacamentos italianos.⁷⁹ La escaramuza no deviene inmediatamente en guerra, pero el conflicto en ciernes es percibido por la comunidad internacional que busca aliviar las tensiones antes de que sea demasiado tarde; de vital importancia en el eventual éxito de una mediación se perfilaba el rol de Francia y Gran Bretaña.

En un principio, la situación política en el seno de la alianza de Stresa parecía apuntar positivamente a Mussolini. En Francia a Barthou, tras su muerte a manos de un asesino croata, sucede en la cartera de Relaciones Exteriores francesa la figura de Pierre Laval. Laval, que compartía con Mussolini orígenes socialistas y nutría una afinidad ideológica especial con el *Duce*, era el intérprete político necesario para acercar a Roma y París. Entendiendo como necesaria la satisfacción de las aspiraciones imperialistas italianas en África, el 7 de enero de 1935 se firma un acuerdo entre el Palazzo Chigi y el Quay d'Orsay que daba vía libre a Roma en el continente africano a cambio de un compromiso de apoyo en el Brennero.⁸⁰ La cuestión parecía sellada de no haber sido por el otro socio de Stresa – Gran Bretaña.

El gabinete de Mac Donald, pendiente de la opinión pública – lo cual vedaba cualquier consorcio con los designios imperialistas mussolinianos – pero timorato en su accionar, se veía imposibilitado de apoyar al dictador italiano o de oponérsele debidamente.⁸¹ Pero tras la asunción del gabinete Baldwin y la designación de Anthony Eden como intérprete británico en la Sociedad de las Naciones, la postura británica cambia: Londres ofrece, en

⁷⁹ Indro Montanelli y Mario Cervi, *L'Italia Littoria: 1925-1936* (Milán: Biblioteca Universale Rizzoli, 1999), 157.

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 157, 160.

⁸¹ *Ibid.*, pp. 160-162.

coloquios entre el 23 y el 25 de junio, a Italia la provincia del Ogaden – zona donde se ubicaba la región controvertida de Ual-Ual – que bordeaba a la Somalia italiana, así como extenderle al país mediterráneo concesiones sobre Etiopía. Para compensar a esta última, Gran Bretaña ofrecía a Etiopía una salida al mar a partir de la bahía de Zeila y una porción de la Somalia británica. Pero Mussolini rechaza la propuesta, al sostener que esta habría fortalecido a Etiopía, dándole una salida al mar y que habría evitado para siempre la contigüidad territorial de la Eritrea y Somalia italianas. El dictador italiano ofrece como únicas alternativas la anexión de las porciones de tierras que no fueran étnicamente etíopes (lo cual habría conseguido la tan anhelada contigüidad territorial) y el establecimiento de un estado nucleico etíope fiel a Roma – siguiendo, según Mussolini, el modelo del Marruecos franco-hispano o del Egipto nominalmente independiente, pero *de facto* británico – o la cancelación total del estado etíope de la faz de la Tierra. Eden responde que ante la negativa italiana sólo le queda a Gran Bretaña votar a favor de la aplicación del Artículo 16 de la Sociedad de las Naciones.⁸²

El voto tiene lugar en el seno de la organización el 4 de septiembre; a Italia se le aplicarían las sanciones económicas por dar comienzo a esa guerra que se perfilaba ya como prácticamente ineludible (sanciones económicas que, debido a la ausencia de Estados Unidos de la Sociedad de las Naciones, así como de Alemania y Japón que recientemente la habían abandonado, carecían de valor sustantivo), pero la Sociedad no llega a imponer sanciones militares que hubiesen podido verdaderamente frenar a Italia: si bien la Pequeña Entente y los países escandinavos aconsejaban la vía de la mano dura, Gran Bretaña – pese a la insistencia de Eden – se abstiene de tomar la vía dura por reconocer no estar en condiciones de enfrentar un conflicto armado en ese momento; Francia, por otra parte, se abstiene de votar en contra de Mussolini al no poder extraer de Gran Bretaña

⁸² Ibid., pp. 166, 170-171; Renouvin 1990, p. 1003.

una promesa de similar asistencia en caso de conflicto franco-alemán. La reticencia de embarcarse en una empresa militar lleva incluso a ambos países a acordar el 9 de septiembre mitigar las sanciones económicas aplicadas a Italia, excluyendo siempre cualquier tipo de intervención armada, e incluso -siempre con el afán de placar la retorsión italiana- se estipuló que los ingleses dejarían abierta la vía del Canal de Suez para permitir el reabastecimiento de las posiciones italianas; como si todo esto fuera poco, Londres llega a asegurar directamente a Roma que las sanciones aplicadas a Italia por concepto de la guerra de Etiopía no serían más que de naturaleza económica.⁸³

La inercia de la comunidad internacional deja sin margen de maniobra a Haile Selassie, quien el 28 de septiembre da la orden de movilización general. A último momento parece verse vacilar al *Duce*, quien llegó a manifestar en una fecha tan tardía como el 1 de octubre que una concesión de las regiones vasallas de Etiopía habría podido bastar para sellar la cuestión sin requerir el haber empuñado a las armas. Pero la hora de las mediaciones ya había pasado: Roma entiende a la maniobra etíope como una declaración tácita de guerra y el 3 de octubre da comienzo la invasión italiana y con ello la segunda guerra ítalo-etíope. Ya cuatro días más tarde, el 7 de octubre, se votaban -bajo patrocinio inglés- y aplicaban las sanciones económicas a Italia.⁸⁴

Sin embargo, las sanciones -como fuera adelantado- no resultaron efectivas: Austria, Hungría y Albania (países todos asociados al fascismo italiano) rehusaron aplicarlas, dejando vía libre al comercio transalpino con Alemania -conllevando una lógica aproximación Roma-Berlín-. No sólo eso: el embargo, pese a la veda de comerciar con Italia en materia de armamento y municiones, así como de cualquier otro bien que hubiese podido contribuir al esfuerzo bélico italiano, no prohibía el comercio de petróleo con el

⁸³ Montanelli y Cervi 1999, pp. 175-177, 179.

⁸⁴ *Ibid.*, pp. 179-180, 197.

país mediterráneo – lo cual tornaba a cualquier intento de frenar a la contienda por la vía económica en una intentona superflua. Lejos de abatir a Italia, las sanciones consolidaron la voluntad de resistencia a ultranza de los italianos a las retorsiones internacionales y dieron a la campaña fascista un pretexto propagandístico sin parangón. Un enfoque duro que hubiese incluido en las sanciones la veda del crudo habría llevado a Italia a replegarse y abandonar la empresa en ocho días -cifra manejada por el propio Mussolini en un coloquio con Hitler en Múnich. Esta tesis de mano dura con Italia había sido enarbolada por Eden, pero no había prosperado en la Sociedad de las Naciones y fue dejada de lado por una política de temporización esgrimida por Samuel Hoare, quien estaba a la cabeza de la cartera de Relaciones Exteriores.⁸⁵

Fue el mismo Hoare quien patrocinó junto con Laval el plan que llevó sus nombres (Laval-Hoare), que buscó una salida mediada de la guerra: ofrecía a Mussolini concesiones territoriales menores en los confines con Eritrea y Somalia italianas, así como generosas concesiones económicas en el sur de Etiopía, ofreciéndole como única contrapartida al país africano la salida al mar que le fuera ofrecida con anterioridad a expensas de los ingleses en la región de Assab. El 11 de septiembre la iniciativa fue comunicada a Roma, Addis Abeba y a Ginebra – sede de la Sociedad de las Naciones. El plan parecía ser aceptable a regañadientes para Mussolini, pero fue rechazado de pleno por el gobierno etíope, quien lo consideraba demasiado oneroso a nivel económico-territorial e injusto en tanto que entendía que premiaba al agresor de la guerra. La designación de Eden, el gran opositor de la empresa italiana en África, para la cartera de exteriores británica en sustitución de Hoare colma de apremio a Roma, lo cual produce la sustitución de De Bono por Badoglio a la cabeza de las fuerzas armadas italianas en

⁸⁵ Ibid., pp. 197-199.

África, apuntando con ello a lograr una victoria decisiva.⁸⁶ Mientras tanto, la política incongruente de amistad punitiva con Italia lleva a que esta, finalmente, abandone el 28 de diciembre de 1935 el Frente de Stresa.⁸⁷

Badoglio logra revitalizar el esfuerzo bélico italiano: en una serie de ágiles campañas militares logra aplastar a los etíopes, dando un vigoroso – y favorable, para los italianos – giro a los acontecimientos.⁸⁸ Sin embargo, esto no bastaba para apartar de la mente del *Duce* el temor del recrudescimiento de las sanciones: la inminencia de la remilitarización de la Renania por parte de Alemania (de la cual Mussolini no había sido notificado pero la cual intuía) generaba ansias en el dictador italiano, quien temía que las potencias aliadas actuaran firmemente en Etiopía para dar un mensaje firme a Berlín.⁸⁹

Tal era el temor italiano, que en abril, a menos de un mes de que culmine la guerra, Roma llega a plantear un último acuerdo de paz que le habría permitido salir airosa de la contienda pese a renunciar a una anexión total del territorio etíope: el acuerdo estipulaba una división de dicho territorio en cinco áreas: aquellas dos aledañas a Eritrea y Somalia italianas respectivamente serían incorporadas como al territorio de estas unidades preexistentes; una tercera área sería puesta bajo mandato italiano según el régimen de Sociedad de las Naciones, mientras que una cuarta área sería sometida a un régimen de protectorado; el área remanente, que sería bautizada como “Reino de Shewa”, gozaría de una suerte de independencia tutelada -situación comparada por Mussolini con los regímenes a los que estaban sometidos Iraq y Marruecos-, bajo el control político-militar de Italia. Si bien esta iniciativa habría resultado en el desmembramiento del territorio etíope, suponía una renuncia del afán anexionista que había encarnado el espíritu de la

⁸⁶ *Ibid.*, pp. 202-204, 206-207.

⁸⁷ Renouvin 1990, p. 1007.

⁸⁸ Para más información sobre la consecución de los planes militares de Badoglio en Etiopía, ver “Capítulo nonno: la Guerra di Badoglio” en Montanelli y Cervi 1999.

⁸⁹ *Ibid.*, pp. 230-231.

campaña abisinia; pero la iniciativa fracasa una vez más por la oposición de Eden, virulentamente opuesto a cualquier conciliación con el fascismo; mientras tanto, en Francia el pavor que suscitaba la idea de un acercamiento Roma-Berlín crecía minuto a minuto.⁹⁰

La desconfianza entre Londres y París, así como la ausencia de una política clara interaliada hacía cada vez más difícil la consecución de la paz y un eventual resurgimiento del Frente de Stresa: el predicamento de Italia queda perfectamente capturado en esta frase que le dice Mussolini al embajador francés en vísperas de la Remilitarización de la Renania en marzo de 1936 con ocasión de un coloquio personal:

Yo me mantengo firme [...] en la línea de Stresa... Puedo asegurarles que al día de hoy no hay absolutamente nada entre Alemania y yo. Mi modo de ver a Alemania es exactamente aquél que era el año pasado. Pero cualquier recrudecimiento de las sanciones necesariamente volverá a arrojar a Italia a un aislamiento del cual su gobierno tendrá el deber imperioso de hacerla salir. Corresponde a Francia e Inglaterra no rechazarnos.⁹¹

Del coloquio se desprende cómo incluso a esa altura, con la empresa etíope casi culminada y tras haber renunciado al pacto de Stresa, Mussolini todavía creía en la posibilidad de resucitar la alianza tripartita; en él seguía la esperanza de poder hacer frente a una Alemania que seguía suscitándole temor. Pero el Frente de Stresa, así como Etiopía, estaban ya condenados.

⁹⁰ Ibid., pp. 231-233.

⁹¹ Traducido del italiano: "Io sono sempre, [...] nella linea di Stresa... Posso assicurarvi che non vi è a tutt'oggi nella sfera politica assolutamente niente fra la Germania e me. Il mio modo di vedere sulla Germania rimane esattamente quello che era l'anno passato in aprile. Ma qualsiasi aggravamento delle sanzioni rigetterà necessariamente l'Italia in un isolamento da cui il suo governo avrà il dovere imperioso di farla uscire. Spetta alla Francia e all'Inghilterra di non respingerci." (Ibid., pp. 230-231).

El 5 de mayo a las 16 horas entra Badoglio en Addis Abeba. El 9, a las 22:30 horas, se proclama Emperador de Etiopía a Víctor Manuel III, Rey de Italia. El 30 de junio, Haile Selassie desde el exilio da su famoso discurso en la Sociedad de las Naciones: Etiopía había dejado de existir y la seguridad colectiva había recibido otro gran embate a su integridad y su credibilidad.⁹²

En cuanto al sistema de contención anti-nazi: feneció con la guerra. Ya en enero de 1936, con el conflicto todavía en curso y mientras Mussolini aún manejaba la posibilidad de volver a aproximarse a Francia y Gran Bretaña, los alemanes dejaban entrever la posibilidad de una política de neutralidad benevolente con Italia; el país mediterráneo reciprocó los avances alemanes, ejerciendo presión sobre Austria para concretar un acuerdo austro-germano del 11 de julio, por el cual a Austria le era garantizada su independencia a cambio de lo que admitía su esencia como estado alemán. El 1 de noviembre, menos de cinco meses después de la celebración de dicho acuerdo, Mussolini anunciaba el nacimiento del Eje Roma-Berlín; la suerte del proyecto aliado de contención había pasado a la historia. En diciembre de 1937, a más de un año del fin de las hostilidades, Italia abandona finalmente la Sociedad de las Naciones. Tres meses más tarde tiene lugar el *Anschluss* de Austria sin mediar objeción de Italia. Como si fuera poco, las rispideces surgidas en el seno del bando aliado apartaron a las mismas Francia y Gran Bretaña, haciendo aún más dificultosa la concreción de un esfuerzo mancomunado de contención.⁹³

La frase de Indro Montanelli que sentencia las tratativas conducidas por MacDonald y Simon en vísperas de la guerra bien se podría aplicar para Gran Bretaña en general:

⁹² Ibid., pp. 241-243.

⁹³ Bosworth 2005, p. 403 y Zara Steiner, *The triumph of the dark: European international history 1933-1939* (Nueva York: Oxford University Press, 2011), 156-157, 160.

“Lograron ilusionar y exasperar, una y otra vez, a Mussolini y a sacrificar a Etiopía sin lograr amigarse con Italia.”⁹⁴

La aventura albanesa y la proyección italiana en los Balcanes

Por último, nos queda abordar la breve aventura albanesa, cuya repercusión en la escena internacional -si la situamos temporalmente, tras la desaparición del estado checoslovaco- fue muy poco notoria. Es, sin embargo, significativa como maniobra condenatoria definitiva del fascismo romano frente a la opinión pública internacional del momento y como prólogo a la firma del Pacto de Acero que tendría lugar un mes más tarde.

Al despuntar el año 1939, para la Italia fascista Albania era el objetivo singular de mayor relieve, siéndolo, en segunda instancia, Córcega y Túnez, que eran definidas como “‘pistolas’ que apuntaban al corazón de Italia”.⁹⁵ Ahora bien, ¿cómo se explica la relevancia de anexas a un país que a los efectos prácticos no era ya más que un protectorado extraoficial italiano? La causa no puede ser otra que un aventurerismo nacido del afán por equipararse a la estrella naciente alemana, que por un lado había omitido notificar a su aliado mediterráneo de la maniobra sobre el resto del estado checo y que por otra parte con sus éxitos en política exterior amenazaba con eclipsar al astro fascista -hecho que se verá nuevamente en el curso de la Segunda Guerra Mundial en el marco de la aventura de los Balcanes- De hecho, la invasión albanesa sirve también como punta de lanza para los propios planes mussolinianos de extenderse en dirección hacia los Balcanes y consolidar su política mediterránea.⁹⁶

⁹⁴ Traducido del italiano: “Riuscirono a illudere ed esasperare, volta a volta, Mussolini, e a sacrificare l’Etiopia senza farsi amica l’Italia” (Montanelli y Cervi 1999, p. 166).

⁹⁵ Gooch 2007, p. 451.

⁹⁶ Bosworth 2005, pp. 371, 404-405 y MacGregor Knox, *Mussolini unleashed 1939-1941: Politics and strategy in fascist Italy's last war* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004), 36.

Hay otro escollo diplomático que opone a Mussolini con los aliados: los reclamos mussolinianos por la *Italia irredenta* en manos francesas y por el Túnez galo. Los gobiernos Aliados responden de forma ambivalente: Daladier, quien presidía Francia en la época, responde públicamente que ninguna porción de territorio francés es pasible de ser negociada. En una esfera privada, sin embargo, admitió tal vez poder llegar a hacer algunas concesiones, pero como excluyó deliberadamente a Córcega, Niza y Saboya de las opciones – los últimos vestigios de la *Italia irredenta* – Mussolini cortó esos canales de negociación. Chamberlain hará también un último intento de granjearse nuevamente al antiguo aliado, prometiéndole en términos generales un mayor margen de maniobra en su política internacional. Pero es tal la generalización de su mensaje, que no suscita interés en los círculos italianos. En el fondo, en Roma se cree que la estrella de Occidente ha pasado y que ahora está con Alemania.⁹⁷

Esto no impide que Ciano – yerno de Mussolini y su ministro de relaciones exteriores – bajo la égida del *Duce*, entable negociaciones con los aliados, llegándoles incluso a querer convencer – infructuosamente, claro está – de que la maniobra italiana sobre Albania constituía un producto del afán italiano de contener a Hitler. En efecto, los italianos seguían pendientes de los vaivenes de la política exterior franco-británica, supeditando la conducción de su propia política exterior a la de estos países (al punto de descartar invadir Grecia, bajo garantía británica, hasta que la guerra general estuviera en curso, a diferencia de Yugoslavia, que no poseía sendas garantías). Como las miras de los Aliados estaban posadas en Berlín, Roma decide que es el momento de hacerse con los Balcanes. Empieza a azuzar al separatismo croata en Yugoslavia y a planificar la partición del estado

⁹⁷ Gooch 2007, pp. 454-457.

balcánico. Si bien la invasión italiana de Yugoslavia esperará hasta 1940, en plena guerra general, la planificación aquí esbozada sirvió de evidente inspiración a tal invasión.⁹⁸

No sólo allí podemos ver a Mussolini buscando contemporizar con los Aliados: con ocasión del ataque sorpresa a Polonia, Mussolini declara que Italia no está vinculada a ningún bando -en una maniobra que parecía evocar a la Italia de 1914- y llegó a jugar con la idea de establecer un bloque de neutrales en los Balcanes encabezado por él. Este proyecto -grandemente apoyado por los Aliados y por Ciano- sin embargo, terminó no prosperando, ya que Mussolini se rehusaba a ver zozobrar a la alianza alemana. En el fondo sabía que la única manera de hacer prosperar su política internacional era de la mano del consorcio berlinés.⁹⁹

Así, si bien el conflicto de Albania contribuyó a cimentar los bandos que se fueron configurando desde la disolución de Stresa, lo cierto es que el conflicto definitorio de los que vivió la política exterior mussoliniana fue, sin duda, la guerra ítalo-etíope. Es a ella que tenemos que adjudicar la responsabilidad del colapso del esfuerzo tripartito de contención a Hitler al no haber podido París y Londres contemporizar con Roma y con ello se consolidó el fin de cualquier sueño de evitar un reajuste geopolítico que evitase ir a una guerra general.

⁹⁸ Knox 2004, pp. 52-54.

⁹⁹ Ibid. pp. 50-53.

Capítulo III: Alemania

Prólogo: Alemania: de Versalles a Hitler.

Los conflictos que oponen a Alemania con sus vecinos se remontan a los trastornos geopolíticos y a los traumas de la psicología colectiva derivados de la Guerra Franco-Prusiana y de la unificación alemana. El traspaso al Reich alemán de las regiones francesas de Alsacia y Lorena (la primera mayoritariamente germano parlante, pero en contrapartida Lorena, en su mayoría franco parlante), sería punto de controversia insoslayable entre Berlín y París. No sólo eso. La unificación de Alemania trastocó el balance de poder europeo: la máxima de Richelieu y de los tratadistas de Viena 1815 de mantener al espacio de *Mitteleuropa* atomizado se había alterado para siempre: en el seno de Europa había surgido una potencia de incomparable poder cuya sola existencia amenazaba con eclipsar la aglomeración de todas las otras, incluso, potencialmente, a la vez.¹⁰⁰ Pero en Berlín de fines de Siglo XIX Bismarck no estaba dispuesto a correr el riesgo de enfrentarse a un cerco diplomático: hábilmente maniobró al joven país germánico en una alianza tripartita primero con Rusia y Austria-Hungría y luego con Italia y Austria-Hungría (incluso aquí buscando preservar la neutralidad rusa) para evitar el riesgo de una conflagración en múltiples frentes.¹⁰¹

Pero esta política de los llamados sistemas bismarckianos no sobreviviría a la remoción del propio Bismarck: el gobierno de Caprivi no supo lidiar con los malabares diplomáticos que eran necesarios para mantener a Rusia alejada de una alianza con Francia y pronto se vieron frente a la pesadilla de la guerra en dos frentes. Una carrera naval conducida contra

¹⁰⁰ Henry Kissinger, *World Order* (Nueva York: Penguin Books, 2015), 23, 64, 77.

¹⁰¹ Para más información sobre las alianzas bismarckianas y el eventual colapso de éste ver: Charles Zorgbibe, *Historia de las relaciones internacionales, I – De la Europa de Bismarck hasta el final de la Segunda Guerra Mundial* (Madrid: Alianza Editorial, 1994), 26-28, 43-45, 50- 58, 63-78.

todo tacto político opone inadvertidamente a Alemania con el gigante naval e industrial del Siglo XIX: el Reino Unido, país que abandona su aislacionismo espléndido para colocarse al flanco de Rusia y Francia frente a la eventualidad de una guerra continental.¹⁰² Si alguna reticencia todavía permeaba los círculos dirigentes de Londres al estallar la guerra en 1914, estas se disiparon con la invasión alemana a Bélgica (un *sine qua non* para la doctrina militar alemana según el Plan Schlieffen, que requería una maniobra que tomase por el flanco a los ejércitos franceses atravesando el país belga). Londres, garante de la independencia de Bruselas, junto con París, Viena, San Petersburgo e, irónicamente, Berlín, sale a la defensa del pequeño país continental. Al gabinete de Asquith lo mueve no sólo el imperativo jurídico de cumplir con las pautas establecidas en el Tratado de Londres de 1839, sino el temor de ver las bocas del Escalda, estuario que desemboca en el Canal de la Mancha frente a los Acantilados de Dover ingleses, en manos de la potencia que percibía como mayor amenaza al equilibrio internacional: Alemania.¹⁰³

La guerra duraría cuatro amargos años, sumiendo al mundo en una carnicería entre 1914 y 1918, que vería la desaparición de las tres más grandes monarquías continentales europeas: Rusia, Alemania y Austria-Hungría y del arcaico Imperio Otomano. Los Romanov son barridos por las revoluciones de 1917, que ven primero al gobierno de Kerensky y luego a aquél de Lenin tomar el poder; mientras que el Káiser Guillermo II abdica en Alemania frente a una ola de protestas civiles que exigen su dimisión, ya que ésta había sido planteada como requisito para la paz por el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson. La joven república de Weimar, que sucede al gobierno del Káiser en Berlín, se ve enfrentada con un documento políticamente oneroso que exige que Alemania

¹⁰² Ibid., pp. 78-77.

¹⁰³ Paul Kennedy, *The rise and fall of the great powers* (Nueva York: Vintage Books, 1989), 257; Henry Kissinger, *Diplomacy* (Nueva York: Simon & Schuster, 1994), 213; Renouvin 1990, p. 626.

ceda Alsacia-Lorena, Danzig, Pomerelia, Posnania, Eupen-Malmédy -entre otros- a los estados beligerantes que habían salido victoriosos y a nuevas naciones que nacían con el Tratado de Versalles, debiendo además ceder a Francia a título provisorio la explotación de la región del Sarre -región cuya suerte quedaba en el aire por 15 años esperando ser resuelta plebiscito mediante- así como mantener desmilitarizada la orilla occidental del Rin.¹⁰⁴ Tan draconianas eran dichas cláusulas, que sólo frente a la presión ejercida por los aliados se firma el documento, naciendo así la idea del *Diktat* impuesto a Alemania.¹⁰⁵

La suerte de Austria-Hungría es, sin embargo, aún más categórica: los Habsburgo huirían al exilio mientras que la monarquía danubiana, variable centenaria del equilibrio de poder europeo, desaparecía dando paso a una pluralidad de estados que nacerían de su seno.¹⁰⁶

La joven república austríaca, bautizada como República de Austria alemana, nace con el anhelo de la unión con su hermana mayor y compañera de armas: Alemania, pero a ambas les está vedada la unión por ambos tratados que ponen fin a la guerra con Berlín y Viena: Versalles y Saint-Germain respectivamente.¹⁰⁷ La ironía de esta proscripción es que, pese a todo el peso que pudiera tener en las postrimerías de la firma de los tratados de paz de 1919, carecían de valor a largo plazo pues Alemania salía fortalecida en relación a su posición previa a la guerra, ya que en vez de tener como vecinas a tres grandes potencias (Francia, Austria-Hungría y la Rusia zarista), la circundaba tan sólo una gran potencia (Francia) junto a una multitud de pequeños estados incapaces de hacer frente a un eventual revanchismo alemán.¹⁰⁸

¹⁰⁴ Macmillan 2003, p. 171; Renouvin 1990, pp. 776-777, 782-783; Gregor Schöllgen, *Krieg: hundert Jahre Weltgeschichte* (Bonn: Bundeszentrale für politische Bildung, 2018), 38-40. Para más información ver: "Tratado de Versalles", Library of Congress, consultado el 13 de septiembre de 2020. URL: <https://www.loc.gov/law/help/us-treaties/bevans/m-ust000002-0043.pdf>, páginas 59-62, 66-67, 77, 99-106.

¹⁰⁵ Golo Mann, *Deutsche Geschichte des 19. und 20. Jahrhunderts* (Fráncfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1990), 676.

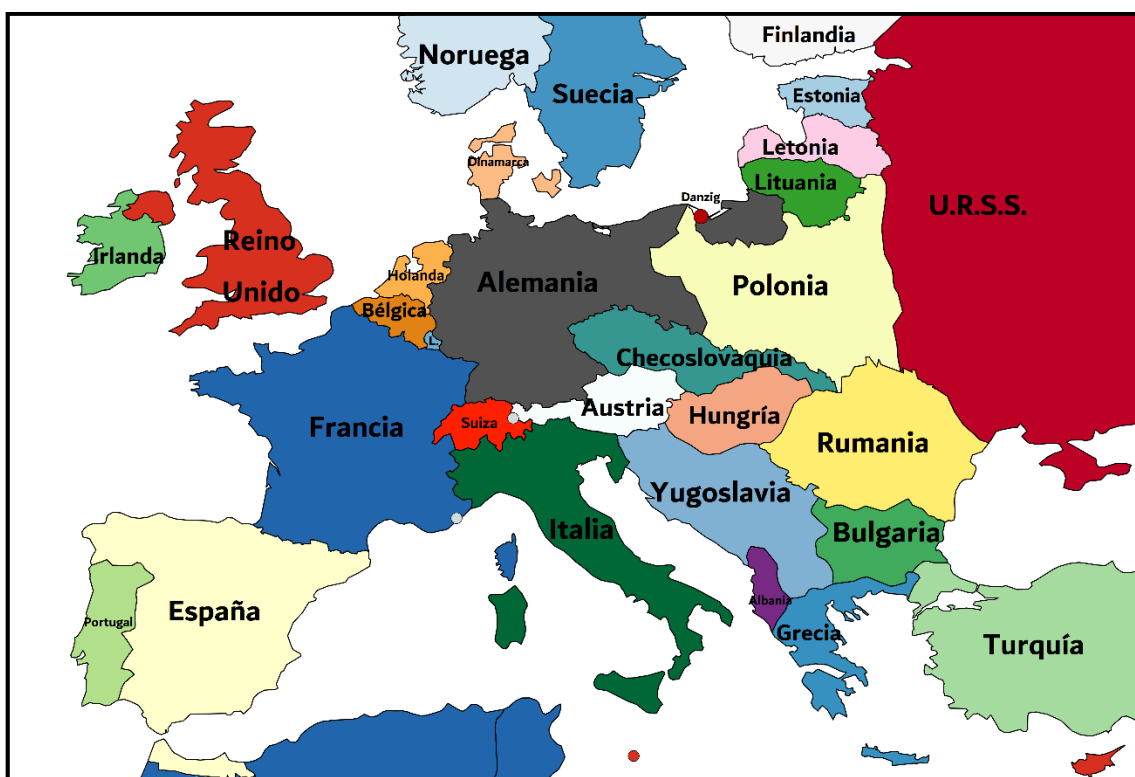
¹⁰⁶ Kennedy 1989, p. 275.

¹⁰⁷ Macmillan 2003, p. 252; Renouvin 1990, p. 776.

¹⁰⁸ Kennedy 1989, p. 288.



Mapa V: Europa en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Fuente: elaboración personal a través de mapchart.net.



Mapa VI: Europa tras la Primera Guerra Mundial. Fuente: elaboración personal a través de mapchart.net.

Y es esta nueva constelación geopolítica, precisamente, de la mano de una falta de previsión política singular, la que sumiría a Europa de vuelta en los brazos de una conflagración continental y luego mundial, y esto de la mano de un individuo políticamente singular: Adolf Hitler.

Adolf Hitler es una curiosa figura de la escena política alemana: nacido en la ciudad de Braunau, en Austria, combatió en la Primera Guerra Mundial en el ejército alemán y no en el austro-húngaro, como habría correspondido por su ciudad natal. Herido a fines del conflicto bélico, la noticia del armisticio lo toma por sorpresa mientras se recuperaba en un hospital de campaña. Tras la guerra pasó a formar parte del departamento de información del *Bayerische Reichswehr Gruppenkommando*, el grupo bávaro del reducido *Reichswehr* dedicado a actividades contrarrevolucionarias, donde su supervisor, Karl Mayr, le encomendó monitorear al Partido obrero alemán (DAP, por su sigla en alemán), un movimiento marginal político. Pronto el joven Hitler se hace con el control del partido, destronando a su fundador, Anton Drexler, y erigiéndose como único líder, siendo el DAP poco después rebautizado, con la proclamación de Hitler de su programa de 25 puntos, en “Partido nacionalsocialista de los trabajadores alemanes” (NSDAP, por su sigla en alemán). Inspirado en la Marcha sobre Roma, Hitler intenta ejecutar un golpe similar en el famoso *Putsch* de Múnich, que culminará con su arresto en la prisión de Landsberg, donde escribirá su obra más conocida: *Mein Kampf*.¹⁰⁹

Mein Kampf, en tanto que manifiesto principal y pilar fundamental del nazismo, es la obra conteniente de los máximos postulados del movimiento y *a posteriori*, del Tercer Reich: en ella podemos encontrar todos los proyectos de la política exterior hitleriana¹¹⁰, yendo

¹⁰⁹ Para una mirada en profundidad de los primeros años del activismo político de Hitler, ver Ian Kershaw, *Hitler: La biografía definitiva*, traducido por Yolanda Fontal y Carlos Sardiña (Buenos Aires: Ediciones Península, 2015), 49-239.

¹¹⁰ Interesante es destacar que por más que Hitler entiende y reconoce la importancia del revisionismo y el revanchismo opr la Primera Guerra Mundial, su mayor énfasis y pilar central de su política yace

desde el revanchismo y el rearme hasta la anexión de Austria y la consecución del *Lebensraum*, el espacio vital, en Europa Oriental.¹¹¹

Es *Mein Kampf* uno de los mayores enigmas de la política internacional de la época en perspectiva histórica. Al fin y al cabo, no deja de sorprender cómo Occidente llegó a contemporizar con Hitler y creer en la posibilidad de contenerlo; basta leer unas pocas páginas de su manifiesto político para preguntarse: ¿Cómo podemos explicar que las democracias occidentales hayan asistido estupefactas a la destrucción de Checoslovaquia o a la invasión a Polonia¹¹², por no decir la Unión Soviética y creer en poder entablar una pseudo alianza con Hitler al encontrarnos con párrafos como este?:¹¹³

Con ello marchamos nosotros, nacionalsocialistas, siguiendo concienzudamente la línea de política exterior de nuestra preguerra. Marchamos allí, donde nos detuvimos hace seiscientos años. Pondremos un freno al eterno desplazamiento alemán hacia el Sur y el Oeste de Europa y ponemos la mira hacia la tierra en el

francamente en Oriente, al punto de defender sacrificar algunos de los reclamos territoriales alemanes (tales como el Trentino-Alto Adigio o Alsacia-Lorena) en aras de la consecución del expansionismo oriental. Ver: Adolf Hitler, *Mein Kampf* (Múnich: Eher.Verlag, 1943), 742.

¹¹¹ Renouvin 1990, p. 957; Zörgbibe 1994, pp. 539-540.

¹¹² Los polacos, sin embargo, tenían bien claro el peligro que la figura política de Hitler suponía, tal como su proposición a Francia de lanzar una guerra preventiva de cara a la asunción de éste en 1933 reveló. (William Shirer, *The rise and fall of the Third Reich: a history of Nazi Germany* (Nueva York: Simon & Schuster, 2011), 209).

¹¹³ En el caso de la Unión Soviética resulta particularmente enigmático que Stalin haya podido siquiera concebir una alianza con Hitler: todo en *Mein Kampf* apunta a la destrucción del comunismo soviético, a la destrucción del gigante euroasiático y a la colonización germana de las tierras rusas. Basta leer el siguiente extracto para sostener cómo el postulado hitleriano en el Este carecía de equivocidad: “Si hoy en Europa tenemos que hablar de nueva tierra y suelo, podemos en primera instancia tan sólo pensar en Rusia y sus estados periféricos sojuzgados [...] el gigantesco imperio en el Este está al borde del colapso y el fin del dominio judío en Rusia será también el fin de Rusia como estado. Estamos destinados a presenciar una catástrofe que será la confirmación más poderosa de la exactitud de la teoría racial de los pueblos.” Traducido del alemán: “Wenn wir aber heute in Europa von neuem Grund und Boden reden, können wir in erster Linie nur an Rußland und die ihm untertanen Randstaaten denken [...] Das Riesenreich im Osten ist reif zum Zusammenbruch und das Ende der Judenerrschaft in Rußland wird auch das Ende Rußlands als Staat sein. Wir sind vom Schicksal ausersehen, Zeugen einer Katastrophe zu werden, die die gewaltigste Bestätigung für die Richtigkeit der völkischen Rassen-theorie sein wird..” (Hitler 1943, pp.742-743).

Este. Ponemos finalmente término a la política colonial y comercial de la preguerra y nos pasamos a la política de futuro: la política del suelo.¹¹⁴

Mientras el joven Hitler rumia y escribe su diatriba contra el resto del mundo, Alemania vive unos duros años '20. Los franceses se sirvieron de la Renania desmilitarizada para ocupar el Ruhr como desquite con el país germano por reparaciones impagas de la Primera Guerra Mundial, originando así la llamada Crisis del Ruhr. Si bien eventualmente los galos se retirarán del Ruhr -desprestigiados ante la escena internacional, ya que ningún estado apoya la maniobra- esto genera grandes estragos en la economía alemana, sumiéndola en la inflación. Pero ya para fines de la década parecía recuperarse y la política exterior alemana estaba consagrada al espíritu de Locarno, pareciendo augurar una cooperación de Berlín con Occidente. 115 Ni todo el sufrimiento vivido hasta ese momento -es decir, la humillación de Versalles y la crisis del Ruhr- había bastado para lograr el avance de la causa nazi. No; sería necesaria la más grande crisis económica de toda la historia hasta la fecha para poder trastocar al escenario político alemán al punto de lograr su llegada al poder.¹¹⁶

La asunción de Hitler como canciller en 1933 no se hace de la mano de una mayoría absoluta ni mucho menos: requiriendo de una alianza con los conservadores para lograr formar un gobierno de coalición que no habría podido prosperar de no ser porque el otro bloque suficientemente fuerte para hacerle frente, aquél de comunistas y

¹¹⁴ Traducido del alemán: “Damit ziehen wir Nationalsozialisten bewußt einen Strich unter die außenpolitische Richtung unserer Vorkriegszeit. Wir setzen dort an, wo man vor sechs Jahrhunderten endete. Wir stoppen den ewigen Germanenzug nach dem Süden und Westen Europas und weisen den Blick nach dem Land im Osten. Wir schließen endlich ab die Kolonial- und Handelspolitik der Vorkriegszeit und gehen über zur Bodenpolitik der Zukunft.” (Hitler, *Mein Kampf*, p. 742). Nótese cómo el autor utiliza el término *Bodenpolitik*, cuyo significado es deliberadamente equívoco, ya que *per se* constituye el término “política agraria”, pero contextualmente es evidente que alude a una política del suelo. La interdependencia conceptual del agro con el suelo forma uno de los hitos centrales del discurso nazi Para más información ver: Rosa Sala Rose, *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo* (Barcelona: Acantilado, 2003), 112-117.

¹¹⁵ Renouvin 1990, pp. 842-855.

¹¹⁶ Mann 1980, p. 772; Overy y Wheatcroft 1989, pp. 30-32.

socialdemócratas, seguían enfrentados por un motivo dual. Por un lado, seguía haciendo estragos entre ambos bandos el asesinato de Rosa Luxemburgo y de Karl Liebknecht a principios de la década del '20, acontecimiento que desató acusaciones de inacción de parte de los comunistas a los socialdemócratas, que en aquél entonces se hallaban al poder, por no perseguir a los cabecillas de los *Freikorps* que mataron a la líder comunista. Por otro lado, seguían los dictámenes de Moscú, que clamaba por la destrucción de los socialdemócratas, los sindicatos y la clase media, llevando a un triunfo temporal de los nazis que eventualmente terminaría colapsando, llevando finalmente a la dictadura del proletariado.¹¹⁷

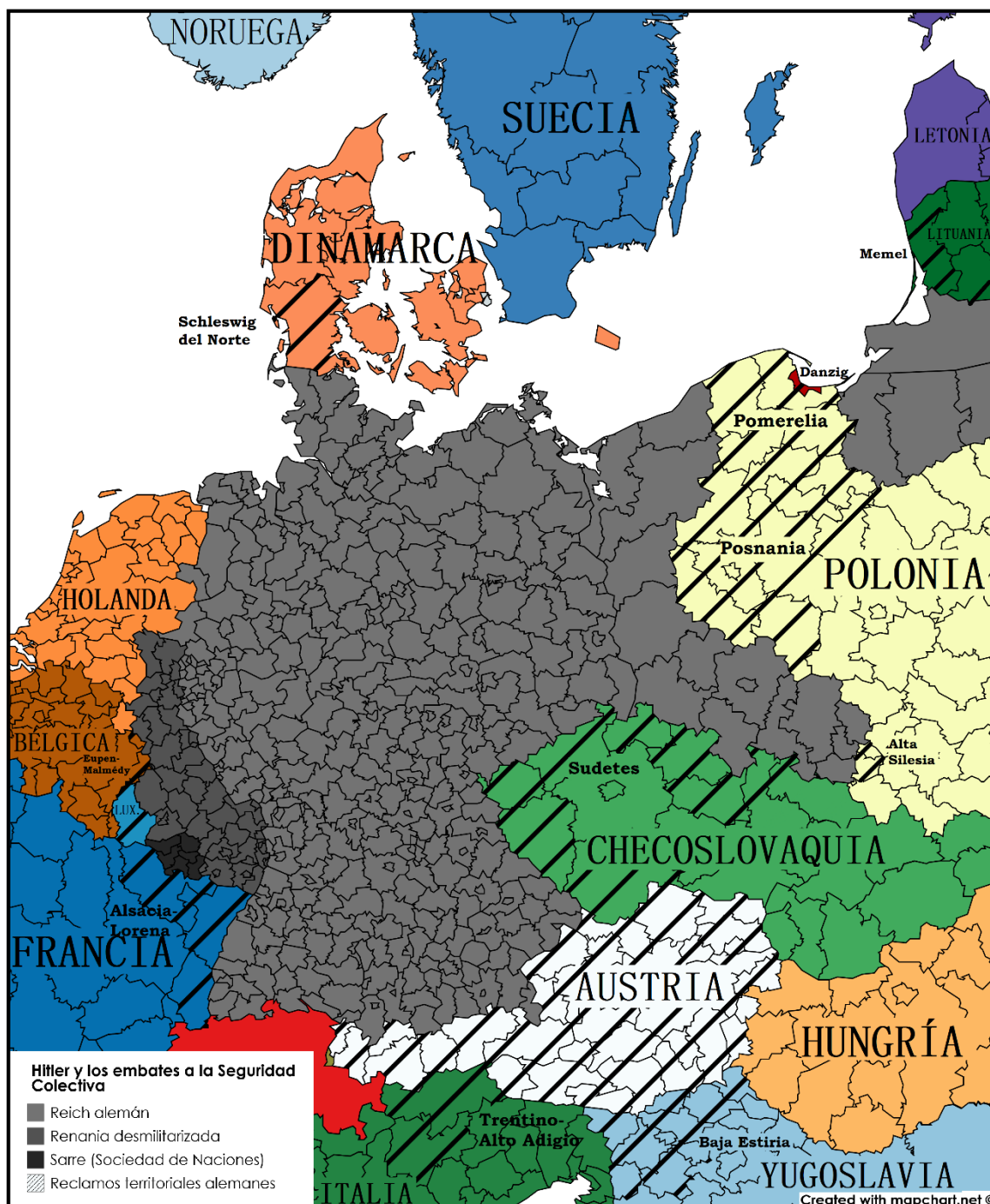
Así, el austríaco accede al poder de la mano de una coalición partidaria, lo cual no le impide prestamente hacerse con el control del país. Ya en 1933 se sirve del infame incendio del Reichstag para poner en movimiento la *Reichstagsbrandverordnung*, el “decreto del incendio del Reichstag”, que le concede poderes de emergencia al canciller alemán. En el mismo año da comienzo a la implementación de la *Gleichshaltung*, la igualación, de los estados federales al poder central, subordinándolos efectivamente a este. Este proceso, que llevaría hasta 1934, se vio sumado a la muerte de Hindenburg el mismo año y la auto designación de Hitler como *Führer* del pueblo alemán (aboliendo el rol del presidente en su totalidad) hace de Hitler tanto jefe de estado como jefe de gobierno del país centroeuropeo.¹¹⁸

De aquí en más serían Hitler y sus nazis quienes conducirían la política interna y externa del país y Hitler, plenamente consciente desde el primer día de la aprehensión que su

¹¹⁷ Ibid. p. 655 y Shirer 2011, p. 185.

¹¹⁸ Shirer 2011, pp. 191-194, 198-200, 226.

retórica propagandística había generado en el mundo ya previo a su asunción, busca que sus primeras maniobras, aunque polémicas, rayen en el borde de la legalidad.¹¹⁹



¹¹⁹ Ibid. p. 209.

Mapa VII: Hitler y los embates a la Seguridad Colectiva.¹²⁰ Fuente: elaboración personal a través de mapchart.net.

Al filo de la legalidad: del retiro de la Sociedad de las Naciones hasta la Remilitarización de la Renania

La primera maniobra diplomática que efectúa la Alemania hitleriana es el retiro de la Conferencia del Desarme y de la Sociedad de las Naciones (retiro que es posteriormente ratificado por vía plebiscitaria por el pueblo alemán, con un 95% de aprobaciones debería de haber operado como preámbulo de un desarme mundial, cosa que nunca ocurrió, dejando a Alemania efectivamente en desventaja de frente a sus enemigos (retiro que, por demás está decir, será preludio de un rearme alemán *a posteriori*).¹²¹ *Per se* el retiro de la Sociedad de las Naciones no constituye una maniobra ilegal que contravenga a ninguna norma de derecho internacional vigente de la época, sino el ejercicio soberano de un estado de sustraerse de un organismo internacional – distinto es el caso del rearme, que contraviene abiertamente al Tratado de Versalles. Pero la maniobra, si bien preocupa a los círculos dirigentes franceses, no basta para llevar a la acción a italianos e ingleses,

¹²⁰ El mapa muestra la mayor extensión de los reclamos territoriales alemanes, valiéndose para su composición el trato dispensado a las regiones en el discurso político de la época y su eventual gestión bajo ocupación nazi, no existiendo discursivamente los reclamos necesariamente de forma concomitante o en los mismos círculos políticos. Los reclamos territoriales de Alemania diferían grandemente no sólo entre la esfera diplomática y aquella ideológica, sino mismo dentro de la mismísima cúspide del Tercer Reich. Así, Goebbels por ejemplo lamentaba el destino del Trentino-Alto Adigio, que Hitler estaba dispuesto a abandonar -llegando incluso a aceptar el traslado de la población germano-parlante de la región- en aras de la alianza mussoliniana. Recién con el armisticio del '43 y el establecimiento de la RSI se abrogaría Alemania nazi la tutela de la región. De igual forma, Schleswig del Norte, reclamado por algunos sectores nacionalistas, no era parte de los reclamos oficiales de la ideología nazi ni fue anexado al Reich tras la derrota danesa. Opuesto es el caso de Luxemburgo, que no formaba parte de un reclamo territorial alemán del *ante bellum*, pero que igualmente fue incorporado al Reich como parte íntegra de éste tras su anexión. No deja de extrañar tampoco el caso de Alsacia-Lorena, cuya tutela tanta disputa generó, pero a cuya anexión Hitler llegó a contemplar renunciar incluso tras la derrota francesa en aras de una paz duradera. Para más información ver: István Deák, *Europe on trial: the story of collaboration, resistance and retribution during World War II* (Filadelfia: Westview Press, 2015), 45, 125; Goebbels 2003, pp. 1149, 1232, 1249, 1342. 1951; Tobias Haimin Wung-Sung, “‘We remain what we are’ ‘Wir bleiben was wir sind?’: North Schleswig German identities in children’s education after 1945”, en *Borderland studies meets child studies: a european encounter*, ed. Machteld Venken (Fráncfort del Meno: Peter Lang AG, 2017), 139-140.

¹²¹ Renouvin 1990, pp. 989, 992; Shirer 2011, pp. 210-212.

quienes optan por no intervenir.¹²² A partir de ahí Alemania perseguirá un rearme progresivo, que llevará a un incremento de los magros números admitidos por Versalles (100.00 efectivos) al millón y medio que invade Polonia en 1939.¹²³

La siguiente maniobra significativa blandida por la Alemania nazi a los dos años de la inauguración del régimen, en 1935, es el plebiscito del Sarre. Éste, pese a la carga nacionalista que rodea a la campaña promovente a la reincorporación del territorio al Reich, es en sí una maniobra plenamente legal, prevista en el Tratado de Versalles mismo, plebiscito cuyo éxito para Alemania incluso las potencias occidentales daban por descontado. El resultado del plebiscito viene acompañado de una manifestación de aparente solidaridad de parte de Hitler, que anuncia la renuncia de todo tipo de reclamo territorial alemán en Francia -lo que implicaba la renuncia de Alsacia-Lorena, para apaciguar a los occidentales, aunque se muestra reacio a realizar sendas renunciaciones en el Este.¹²⁴

El primer embate en contravención con el derecho internacional de la época es, paradigmáticamente, la Remilitarización de la Renania. La zona renana se encontraba desmilitarizada desde el Tratado de Versalles para operar como garantía de que un ataque alemán (como aquél orquestado bajo el Plan Schlieffen) no acaecería sobre Francia desde su flanco septentrional, con una irrupción a través de Bélgica como había sido el caso en la Primera Guerra Mundial. Por otra parte, la Renania era territorio bajo soberanía nacional alemana, lo cual ponía en tela de juicio la legalidad de la disposición.

¹²² Manfred Messerschmidt, “Außenpolitik und Kriegsvorbereitung”, en *Ursachen und Voraussetzungen des Zweiten Weltkrieges*, eds. Wilhelm Deist, Manfred Messerschmidt, Hans-Erich Volkmann y Wolfram Wette (Fráncfort del Meno: Fischer Taschenbuch Verlag GmbH, 1991), 696.

¹²³ Para una mirada en detalle del proceso de rearme alemán ver: Wilhelm Deist, “Die Aufrüstung der Wehrmacht”, en *Ursachen und Voraussetzungen des Zweiten Weltkrieges*, eds. Wilhelm Deist, Manfred Messerschmidt, Hans-Erich Volkmann y Wolfram Wette (Fráncfort del Meno: Fischer Taschenbuch Verlag GmbH, 1991), 439-637.

¹²⁴ Renouvin 1990, pp.991-992; Shirer 2011, p. 283.

Escudándose en ello (y sirviéndose del consorcio inglés en la firma del acuerdo naval con Londres), Hitler remilitariza en 1936 la región, para horror de los aliados occidentales, en particular de los franceses.

A diferencia de las maniobras precedentes, esta acción presenta una ruptura inequívoca del Tratado de Versalles y una amenaza directa al *statu quo*; sin embargo, Hitler no se topa con oposición por parte de las potencias occidentales, ¿por qué es eso?

En Francia el ánimo de hacerle frente a Hitler se encuentra vivo: al fin y al cabo, la Renania desmilitarizada era una garantía para los galos y su ocupación significaba la remoción de una barrera militar vital para su seguridad internacional. No sólo eso: como se había visto en los años '20, servía también como zona a utilizar como moneda de cambio o extorsión frente a los malentendidos con Alemania, como la ocupación del Ruhr había demostrado.¹²⁵ Pero en última instancia el gobierno francés decide no hacer nada y el porqué está en última instancia en la actitud británica y en aquella polaca.

En cuanto a los segundos, adhirieron a la tesis alemana de que la Remilitarización de la Renania no era más que una respuesta a la amenaza velada que suponía la alianza franco-soviética celebrada el mismo año. Sosteniendo que la reacción alemana no era más que un accionar lógico de cara a una posible amenaza – y amparándose en el pacto de no agresión germano-polaco de 1934 – el gobierno polaco opta por desentenderse de cualquier proyecto de acción conjunta con el gobierno francés. La actitud británica, no menos timorata, aconseja al gobierno francés prudencia y los exhortan a no tomar ninguna decisión apresurada. Francia, deseosa de conservar el entendimiento franco-británico, claudica y no reacciona frente al hecho consumado. Además, la oferta de Hitler de acompañar a la Remilitarización de la Renania de una desmilitarización mutua franco-

¹²⁵ Kissinger 1994, p. 290.

germana en sus respectivas fronteras y de un pacto de no-agresión de 25 años e incluso de un retorno a la Sociedad de las Naciones pone en jaque diplomáticamente al gobierno francés y deja a Hitler parado como un defensor de la paz, pues Francia no podía aceptar una desmilitarización que le hubiese costado el desmantelamiento de la Línea Maginot.¹²⁶

La gravedad de dejar a Hitler salirse con la suya es dual: por un lado, demostró a los aliados de Francia en el Este (la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania) cómo ésta no era capaz de hacerle frente a Hitler sin el consorcio británico. Además, esto permitiría la erección de la *Westwall*, la red de fortificaciones occidentales alemanas, opuestas a la Línea Maginot, que cambiarían el balance geoestratégico del Occidente europeo.¹²⁷

Así, en este primer sismo que sacude a la escena internacional, la Alemania nazi sale victoriosa.

El Anschluss de Austria

El siguiente hecho que sacude al sistema internacional es aún más complejo, ya que su realización constituye una alteración sistemática del balance de poder y la anexión de un Estado soberano: se trata del *Anschluss* de Austria, segunda violación flagrante de los postulados de Versalles.

¿Por qué Austria? Más allá de las razones espirituales que clamaban por la reunión de la tierra natal del *Führer* con Alemania, el país centroeuropeo era considerado gravitante para la economía del Reich y su continuo rearme. En efecto, el país poseía grandes recursos en el sector agrícola (especialmente en el rubro de los lácteos), así como madera, mineral de hierro, plomo y zinc y recursos hídricos subutilizados que podían ser

¹²⁶ Renouvin 1990, pp. 993-994, 1013-1014, 1016; Shirer 2011, p. 294.

¹²⁷ Shirer 2011, pp. 294-295.

empleados para la generación de energía. Adicionalmente -y más importante para el esfuerzo bélico- el país poseía significativos yacimientos subterráneos de petróleo. Finalmente, la anexión de Austria arrojaría significativas reservas de divisas y de oro, que aportarían a la exigida economía alemana un respiro significativo.¹²⁸

Austria venía estando en la mira hitleriana desde 1934, cuando el canciller austríaco Engelbert Dollfuß fue muerto por militantes nacionalsocialistas partidarios de la unión con Alemania. En esa ocasión Mussolini movilizó cuatro divisiones a la frontera del Brennero, poniendo al *Führer* en jaque obligándolo a adoptar una actitud pasiva frente a la asunción de Schuschnigg – sucesor de Dollfuß – y la congelación aparente de la cuestión austríaca en el futuro próximo. Resulta significativo mencionar también cómo en aquella ocasión – previo a la firma del acuerdo de Stresa y sin duda ocasión motivadora de tal acuerdo en primer lugar – Italia fue la única potencia que osó enfrentarse al nazismo: los círculos dirigentes británicos no veían con interés inmiscuirse en una guerra contra un país que todavía se consideraba injustamente vulnerado por disposiciones onerosas – Alemania – y los gobernantes de Francia no se atrevían a actuar contra Berlín sin el consorcio de los estados de la Pequeña Entente que componían su principal red de contención en el espacio danubiano. Pero éstos, recelosos como eran de la política mussoliniana, eran reacios de ver una preminencia italiana en la región, lo que condujo a la inacción francesa. De todas formas, la amenaza de una guerra con Italia bastó para frenar a Hitler en los confines de Alemania y hubo de esperarse hasta 1938, tras el nacimiento del Eje Roma-Berlín en 1936, para la resolución de la cuestión austríaca.¹²⁹

¹²⁸ Hans-Erich Volkmann, “Die NS-Wirtschaft in Vorbereitung des Krieges”, en *Ursachen und Voraussetzungen des Zweiten Weltkrieges*, eds. Wilhelm Deist, Manfred Messerschmidt, Hans-Erich Volkmann y Wolfram Wette (Fráncfort del Meno: Fischer Taschenbuch Verlag GmbH, 1991), 381-386.

¹²⁹ *Ibid.*, pp. 990-991, 994-995, 1017.

El 12 de febrero de 1938 Hitler convoca a Schuschnigg a su residencia de Berchtesgaden y allí, de canciller a canciller, le impone un ultimátum: la Alemania nazi busca imponer a Schuschnigg la designación de Arthur Seyss-Inquart (reconocido nacionalsocialista austríaco) como ministro del interior, la de Edmund Glaise-Horstenau como ministro de guerra y la de Hans Fischböck como ministro de finanza, aparte de una integración económica mayor entre Austria y Alemania así como una amnistía general de los nazis en prisión desde 1934 y la remoción del jefe del estado mayor austríaco, Alfred Jansa. Estas disposiciones, que contienen una integración paulatina de Austria – la táctica preferida por Hitler todavía en aquella instancia – estaban consagradas en el llamado Protocolo Keppler. Schuschnigg protesta inicialmente, pero la mediación de Papen – presente en la negociación – logra la mitigación de las cláusulas, exigiendo la implementación de la mitad de ellas para el 18 de febrero, ya que el resto requería de la aprobación del presidente de Austria, Wilhelm Miklas. De todas formas, Hitler amenaza con proceder a una invasión si en tres días no consigue respuesta de su contrapartida austríaco y si este acuerdo no fuese consagrado a una duración de cinco años.¹³⁰

Schuschnigg se retira de Berchtesgaden, en aparente aquiescencia de las estipulaciones a él impuestas, pero el 24 de febrero, en un arrebato de patriotismo, se declara por la independencia hasta el final, precipitando con esto la maniobra de los nazis. La jugada final viene de la mano de su renegación de los acuerdos alcanzados en Berchtesgaden y su anuncio el 9 de marzo de que celebraría cuatro días más tarde, el 13, un plebiscito que decidiría el destino del país. De cara a esto, a Hitler no le queda otra cosa que dar comienzo a la invasión: el 11 de marzo comienzan a las 05:30 AM una serie de intercambios telefónicos entre Berlín y los agentes nazis en Viena para dar comienzo al golpe. Schuschnigg, consciente de que no hay cómo hacer frente a Alemania, decide a las

¹³⁰ Giles MacDonogh: *1938: Hitler's gamble* (Nueva York: Basic Books, 2009), 23-25.

14:45 posponer formalmente el plebiscito. No contento con esto, Hitler instruye a Seyss-Inquart que le presente un nuevo ultimátum al canciller austríaco, cosa que hace a las 17:30. El ultimátum exige la inmediata renuncia de Schuschnigg y la designación de Seyss-Inquart como su sucesor en el plazo de dos horas. Si bien el canciller austríaco accedió a esto – algo que al presidente le llevó más digerir, demorando la designación de Seyss-Inquart y lo que hizo sólo bajo amenaza – la incapacidad de resistencia militar austríaca (acompañada de un repliegue militar hacia el Este) y el arribo de una tan anhelada noticia: que el *Duce* no se opondría a un *Anschluß* de Austria, dieron a Hitler la oportunidad que deseaba y se produjo el comienzo de la invasión formal de Austria. Bajo el pretexto de una asistencia para el nuevo canciller, Seyss-Inquart (que irónicamente, buscó notificar a Berlín que la asistencia militar ya no era necesaria, en un intento de proteger su breve acceso al estrellato; se le concedería eventualmente la calidad de gobernador de la flamante provincia como compensación), Hitler procede a la invasión de su país natal y el 13 de marzo lo incorpora como provincia del Reich, con un plebiscito ordenado para el 10 de abril que ratificaría la unión.¹³¹

Es interesante destacar cómo los demás países no actuaron de cara a la violación flagrante de los tratados de Versalles y Saint-Germain. Italia se contentó con una declaración de que Alemania no perseguiría reclamos territoriales en el Trentino-Alto Adigio, absteniéndose asimismo Gran Bretaña de intervenir en la crisis. Francia, sumida en una crisis electoral, se encontraba maniatada políticamente y los Estados Unidos reconocieron tácitamente la anexión al declarar al estado alemán sucesor de las deudas contraídas por el estado austríaco. No es de extrañar tampoco que el estado checoslovaco, con el temor que tenía de una restauración Habsburgo (miedo que temieron ver materializado en el plebiscito propuesto por Schuschnigg), haya optado por una neutralidad de cara al hecho

¹³¹ Ibid., pp. 28, 33-34, 36-40, 62-63.

consumado. La Unión Soviética llamó a la resistencia a la agresión alemana sin hacer alusión directa al padecimiento de Austria y sólo la España republicana y México protestaron la maniobra.¹³²

Posiblemente podemos decir que la actitud definitoria aquí fue la italiana, y esta a su vez operó como un subproducto de aquella franco-británica que le había negado el apoyo en la aventura etíope y una política mediterránea viable. Los franco-británicos fracasaron en su creencia de que para lograr el consorcio italiano en la cuestión austríaca no habrían de hacer nada, ya que entendían al país centroeuropeo como vital para los intereses mussolinianos: y lo era, pero más aún la consecución del imperio tan anhelado por el *Duce* y en ese sentido la política exterior hitleriana tenía más para ofrecerle que aquella de los Aliados occidentales.¹³³

Así, la Alemania nazi lograba salirse con la suya en esta hora definitoria para la historia y en este primer embate significativo a la seguridad colectiva.

La crisis de septiembre: los Sudetes y el Pacto de Múnich

Sin embargo, sería recién con la crisis de los Sudetes checos, que los ojos del mundo se posarían sobre Alemania y verían el peligro que este país representaba para la seguridad colectiva.

Checoslovaquia era un escollo en los planes pan-germanos del *Führer*: regiones como los Sudetes, de abrumadora mayoría étnica germana hacían del cuadro nacional de este estado centroeuropeo un genuino crisol de naciones. No debe extrañar que Hitler haya buscado servirse del irredentismo germano en esta región – bajo la égida de Konrad Henlein – para lograr la secesión del territorio y su unión al Reich alemán. La importancia de los

¹³² Ibid., pp. 34, 63-64.

¹³³ Renouvin 1990, p. 1040.

Sudetes era además geoestratégica: la cordillera montañosa, colmada de fortificaciones, constituía el bastión defensivo más importante del estado checoslovaco y su cesión a Alemania suponía dejar a Checoslovaquia en manos de su vecino germano.¹³⁴ La crisis se fue agravando con los meses, culminando en el quiebre de septiembre.

Cierto es que ya a principios de agosto venía gestándose la crisis internacional. El 7 de agosto el diplomático Sir Robert Vansittart, del servicio exterior británico, presentó un memorando convocando una reunión de emergencia del gabinete para discutir la crisis checa, argumentando que los datos de la inteligencia que había recibido sobre Alemania apuntaba a la inminencia de una invasión.¹³⁵

Los checos buscaron apaciguar a las exigencias alemanas. Bajo presión británica -que con el afán de mediar y evitar una guerra general se inmiscuían para apaciguar a Hitler- no llegaron a aceptar los postulados del Programa de Karlsbad (que habría supuesto la autonomía de las regiones alemanas y de regimientos germano-parlantes en el ejército checoslovaco), pero sí aceptaron tomar a cuatro ministros germanos de los Sudetes, declarar a su vez tres distritos autónomos germanos y procurar que un tercio de todos los empleados públicos fueran alemanes de aquí en más, pero Hitler instruyó a Henlein mantenerse firme y no hacer concesiones, ya que el dictador alemán no deseaba en realidad más que un *casus belli* para poder concretar su ambición de invadir al país centroeuropeo. Los Sudetes no eran más que una excusa para desatar la máquina de guerra nazi sobre este país; la fecha incluso estaba fijada: sería el 28 de septiembre. Pero Beneš, percatándose de la estrategia hitleriana, le gana de mano al exigirle a Henlein que presente por escrito sus exigencias, dejándole a este meramente margen para formular vagas protestas sobre el trato dispensado a alemanes en Moravia. Esto no frustraría los deseos

¹³⁴ MacDonogh 2009, pp. 73-74.

¹³⁵ Ibid., p. 162.

belicosos del *Führer*, bajo cuyas instrucciones se exhortó a la población germana de Checoslovaquia de alzarse contra Praga, ni del mismísimo Henlein, quien se escapó del país a Baviera para organizar allí un *Freikorps* con el cual librar su madre patria.¹³⁶

La guerra estaba cociéndose y un desenlace se presentaba inevitable -ya fuese de guerra, como de un golpe contra Hitler que estaba perfilando en algunos círculos del ejército descreídos de la posibilidad de inmiscuir a Alemania en una guerra general- de no ser por la mediación de Göring y Henderson, diplomático británico, quienes acercaron a las partes y procuraron calmar las aguas. Es por iniciativa de éstos, acordado el 8 de septiembre, que Chamberlain se encamina al encuentro con Hitler el 15 del mismo mes. La gran ironía es que, mediante las tratativas de paz, los Aliados quitaron a los complotados contra Hitler el argumento del que servirse: la disposición a tranzar mostraba inequívocamente que la apuesta hitleriana de coaccionar a los Aliados a abandonar a Checoslovaquia podía resultar.¹³⁷

En el encuentro Hitler presentó las exigencias alemanas: o los Sudetes eran cedidos, o Alemania estaba dispuesta a ir a la guerra, aún cuando esta fuese una Guerra Mundial. Chamberlain rebatió preguntando si Hitler tenía alguna otra exigencia, a lo cual el dictador alemán respondió no tenerla, salvo algunos ajustes territoriales a favor de húngaros y polacos, alegando que sólo atacaría a los checos si estos realizasen algo atroz. Así, Chamberlain se va conforme de la reunión, creyendo haber entendido cuáles eran los intereses de Hitler, mientras que éste en realidad lo que más deseaba era la imposición de términos tan onerosos, que Praga fuera incapaz de aceptarlos y obtener con ello su tan deseada guerra.¹³⁸

¹³⁶ Ibid., pp. 110, 178, 181.

¹³⁷ Ibid., p. 182.

¹³⁸ Ibid., p. 183.

El 18 de septiembre se notificó a Beneš de la decisión aliada de abandonar los Sudetes a su suerte, quien tan sólo podía contar con el apoyo de la Unión Soviética, la cual en un gesto fútil (pues no compartía frontera terrestre con Alemania) movilizó sus fuerzas en su frontera. Bajo presión alemana, los eslovacos exigieron al gobierno central su autonomía y – pese a una negativa de los Aliados occidentales – se exhortó a Hungría y a Polonia a proceder con sus reclamos de celebrar plebiscitos en Teschen y en las zonas magyares de Eslovaquia, cosa que realizaron el 21 y el 22 de Septiembre; el plan de Hitler era exhortarlos a la rebelión y lograr una acción militar concertada que hubiese puesto fin al estado checoslovaco, resultando en una autonomía eslovaca, pero no para Bohemia y Moravia. Pero los Aliados le ganaron de mano al dictador alemán, concediendo no ya la celebración de los plebiscitos antes negados, sino directamente la concesión de las áreas disputadas en base a la distribución étnica, desarmando así efectivamente la alianza anhelada por Berlín. Pero no todo eran buenas nuevas para Praga, ya que aparte de la pérdida del territorio de los Sudetes, su red de alianzas (es decir, su vínculo con Francia, la Pequeña Entente y con la Unión Soviética) era disuelta, pasando Gran Bretaña a integrar un cuerpo internacional cuyo cometido era la garantía de la independencia y neutralidad del estado checoslovaco.¹³⁹

Pero Hitler seguía afanado en lograr la consecución de su guerra checa y rechaza las ofertas de la mediación, exigiendo que sus demandas sean cumplidas para el 1 de octubre bajo amenaza de recurrir a las armas en caso de no verse satisfechas sus exigencias para esa fecha. Para horror de Chamberlain, el tono de su gabinete cambia notoriamente allí, endureciéndose y sondeando al bando francés para un acuerdo militar. Pero en Francia las elecciones tienen fuera de combate nuevamente a París y el país está en difíciles condiciones de llevar adelante un conflicto armado. Hitler reitera lo que ya había

¹³⁹ Ibid., pp. 185-186.

exclamado en su entrevista con Chamberlain: que este sería su último reclamo territorial y que esto era de acuerdo con el principio de autodeterminación de los pueblos, alegando a la naturaleza truncada del estado checo.¹⁴⁰

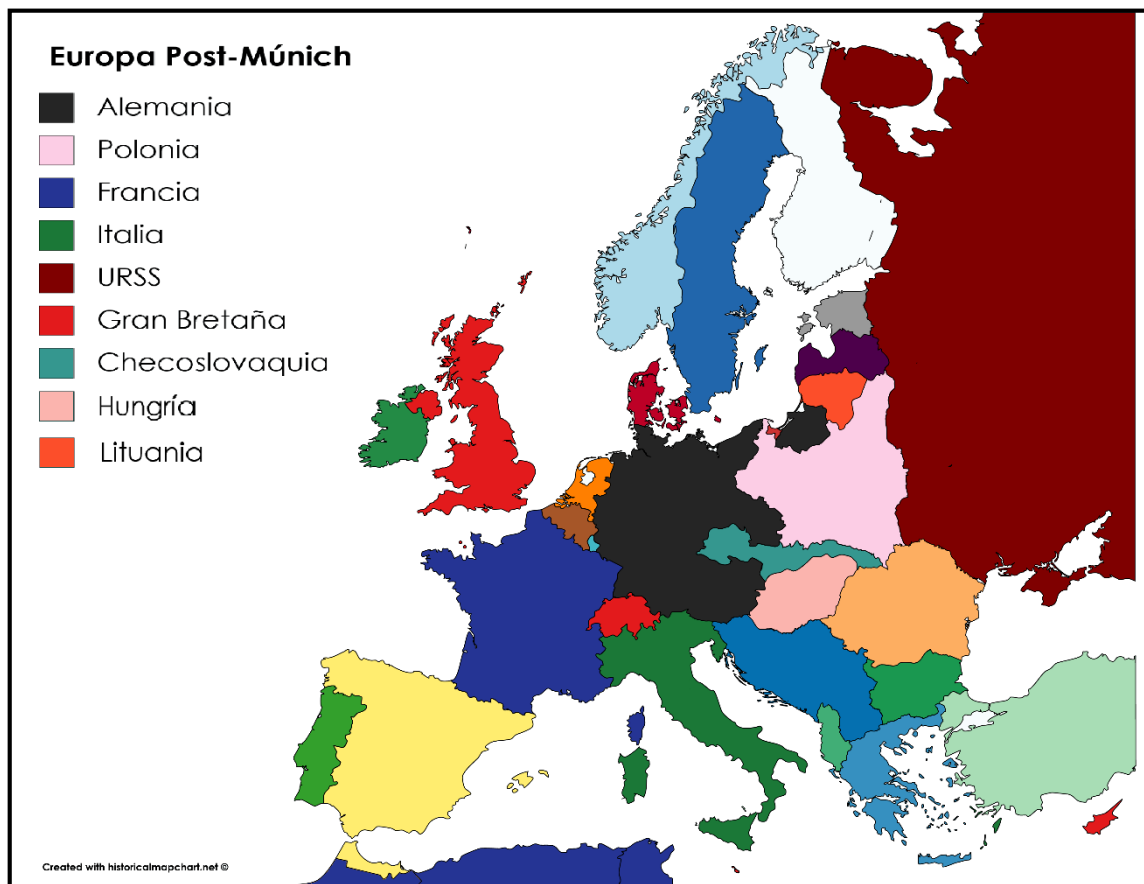
Mientras tanto, el peligro de una guerra inminente crecía hora a hora y en Alemania la perspectiva de una guerra general aterraba. El complot contra Hitler iba cobrando forma y el discurso de los Aliados iba endureciéndose. Recién a partir de este punto, el 27 de septiembre, empezó Hitler a considerar a la mediación como una alternativa viable, al percatarse de que tal vez se podría llegar efectivamente a una guerra con los Aliados occidentales (y en particular con los ingleses, con quienes no deseaba tener un conflicto armado). Esto, reforzado por la noticia que el líder de la *Kriegsmarine*, el Almirante Erich Raeder, le comunicó haciéndole saber que la *Royal Navy* había sido movilizada, forzaron a Hitler a replantearse el camino a seguir, aceptando los sondeos de paz. Estos cobrarían forma en la Conferencia de Múnich, convocada allí por iniciativa de Hitler, donde se reunirían Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia. La Unión Soviética y la mismísima Checoslovaquia, irónicamente, no estarían invitadas a la mesa de negociaciones.¹⁴¹

Las concesiones que obtuvo Hitler del Pacto de Múnich fueron varias: su ejército pudo marchar efectivamente sobre los Sudetes el 1 de Octubre, como era deseado. Asimismo, la cesión de tierra había sido articulada no sobre bases étnicas, sino sobre bases estratégicas, concediéndole a Alemania la importante red de fortificaciones checas que habrían protegido al país en caso de ataque. Estas tierras, a su vez, eran productoras del 66 por ciento del carbón checo, así como del 80 por ciento del lignito y del 70 por ciento del hierro y del acero, produciendo en igual medida la potencia energética del país así como el 40 por ciento de su industria maderera. El 10 de octubre los polacos se hicieron

¹⁴⁰ Ibid., pp. 183, 187-190.

¹⁴¹ Ibid., pp. 190-192.

con Teschen y Freistadt y el 2 de noviembre tuvo lugar el Primer Arbitraje de Viena, cediendo porciones meridionales del estado checoslovaco al Reino de Hungría.¹⁴²



Mapa VIII: Europa tras el Pacto de Múnich y el Primer Arbitraje de Viena. Fuente: elaboración personal a través de mapchart.net.

Cabe preguntarse: ¿cuáles fueron los móviles de las potencias a la hora de determinar su actuación?

Al fin y al cabo, los franceses habían garantizado las fronteras checoslovacas en 1925 y también lo hicieron los soviéticos diez años más tarde, aunque bajo el requerimiento del consorcio francés.¹⁴³ Así, de haber hecho lo mismo los franceses frente al nazismo, esto habría supuesto un frente coligado París-Moscú que le habría hecho frente a Berlín.

¹⁴² Ibid., pp. 195, 201, 215 y Deák 2015, p. 32,

¹⁴³ MacDonogh 2009, p. 74.

Pero los franceses eran reacios a verse inmiscuidos en la lucha: sus fuerzas armadas se encontraban en un estado precario, la falta de interés demostrada por las demás potencias y la actitud de los gobernantes checos mismos – lo que era entendido como una reticencia a la negociación – obstaculizaron cualquier proyecto de intervención francesa en el conflicto. Factor fundamental es también la ausencia del consorcio británico – ya que el gobierno británico nunca había asumido obligación alguna para con Checoslovaquia – y de aquél polaco, atraído por los alemanes a cambio de las concesiones territoriales ya mencionadas, queda descartado de la ecuación. Por su parte, los Estados Unidos manifestaron también estar al margen de la cuestión.¹⁴⁴

Queda por último el tema de la intervención soviética y por qué esto no bastó para avivar al proyecto interaliado de intervención en Checoslovaquia: los soviéticos, como ya fuera dicho, no compartían frontera con el Tercer Reich, por lo cual se habría requerido el paso de sus tropas a través de Polonia o Rumania, ambos países que por sendos reclamos territoriales de la Unión Soviética a ellos (a saber, la Línea Curzon y la Besarabia, respectivamente), temían por un pasaje transitorio ruso que amenazase con convertirse en permanente. Así, quedaba descartada de pleno la aquiescencia de estos países a la hora de concederle a los soviéticos el permiso de paso para intervenir en la crisis checa.¹⁴⁵

Y es tal vez ésta la pérdida más grande de Múnich: el ostracismo que sufren los rusos al no ser invitados a la mesa de negociaciones de la cuestión checa no hace más que subrayar lo prescindible que es la Unión Soviética como actor para el resto del mundo, llevando a un convencimiento de que los Aliados occidentales no son un respaldo creíble en caso de

¹⁴⁴ Renouvin 1990, pp. 1040-1041, 1043, 1046.

¹⁴⁵ Ibid., p. 1043.

una guerra general. Esto llevaría indefectiblemente al viraje del Pacto Molotov-Ribbentrop como veremos más adelante.¹⁴⁶

El fin de la ilusión: la caída de Checoslovaquia y la crisis de Memel

Si la crisis de septiembre y el pacto de Múnich significaron un último intento de conciliación con el dictador alemán, la crisis checa de marzo de 1939 y aquella de Memel del mismo mes acabaron por echar por tierra cualquier ilusión de una paz duradera, poniendo fin a la farsa de las pretensiones hitlerianas del principio de autodeterminación de los pueblos y revelando el afán expansionista del cabecilla del Tercer Reich.

El 12 de octubre de 1938, a menos de dos semanas de la concreción del Pacto de Múnich, decide Hitler entablar negociaciones bilaterales con Checoslovaquia con el afán de sustraerla de la órbita de la comisión internacional establecida en Múnich y entablar un vínculo bilateral donde Alemania operaría como garante del estado checoslovaco, lo cual obviamente serviría como preludio para la destrucción del estado centroeuropeo. El alto mando de la *Wehrmacht* informó con ocasión de la discusión sobre el destino del estado checoslovaco, que no era deseable una frontera polaco-húngara; más aún, propuso la secesión de Eslovaquia del estado unión y la sujeción de ese estado eslovaco naciente al yugo alemán.¹⁴⁷

Nuevamente el continente europeo se encontraba al borde de un conflicto con Hitler, a tan sólo dos semanas de creer haberlo evitado. A principios de diciembre tiene una reunión entre el ministro de relaciones exteriores francés, Bonnet, con su contrapartida británico, Halifax, donde ambos creen necesario tomar una posición que busque evitar el choque con Alemania e Italia -llegando incluso a declarar la delegación británica que preferían tener como parte de un acuerdo de garantía del estado checoslovaco a Alemania

¹⁴⁶ Ibid., p. 1048.

¹⁴⁷ Messerschmidt 1991, pp. 798-799.

en vez de a la Unión Soviética-; tal es la reticencia a inmiscuirse en un conflicto por Checoslovaquia con Alemania, que incluso tras el hecho consumado que acaece el 15 de marzo del año siguiente, Chamberlain sigue predicando evitar todo tipo de discusión que involucre la violencia.¹⁴⁸

Los franceses llevan más allá las negociaciones y buscan con los alemanes un entendimiento que pueda lograr preservar la independencia del Estado checoslovaco a la vez que concediéndole garantías económicas al Estado germano en Europa Oriental; pese a las tratativas franco-polacas, se descontaba una intervención polaca o soviética como irrealizable de cara a una nueva crisis checa. Irónicamente, se volvía al proyecto de una alianza con Italia, que se presentaba difícil por los reclamos mussolinianos por Córcega y Túnez. Así las cosas, la línea Maginot y Gran Bretaña se perfilaban como las mayores garantías para Francia.¹⁴⁹

Pero Hitler, consciente del peligro que podría presentar darle un respiro a Checoslovaquia (con las implicaciones de la reconstrucción de fortificaciones y un reagrupamiento tras el embate a la moral y a la economía que había supuesto el Pacto de Múnich, opta por la resolución del asunto checo cuanto antes: ya el 21 de octubre, a tres semanas del Pacto de Múnich, decide el destino del resto checo, así como la ocupación de Memel.¹⁵⁰ La acción debía ser vista como una pacificación; tanto se jactaba el *Führer* de su capacidad de dar golpes de fuerza al sistema europeo de cara a la impotencia aliada que llega a exclamar: “si llego a llevar a cabo la guerra... haré irrumpir un día tropas en París en el medio de la paz.... La confusión no conocerá parangón.”¹⁵¹

¹⁴⁸ Ibid., p. 799.

¹⁴⁹ Ibid., p. 801.

¹⁵⁰ Ibid., p. 802.

¹⁵¹ Traducido del alemán: “»Wenn ich krieg führe,... dann werde ich eines Tages mitten im Frieden etwa Truppen in Paris auftreten lassen... Die Verwirrung wird beispiellos.«” Hans Booms, *Der Ursprung des 2. Weltkrieges – Revision oder Expansion?* citado en Messerschmidt 1991, p. 802.

Así es que el 13 de marzo de 1939, cuando Jozef Tiso, el premier de la parte eslovaca, es despedido por el presidente checoslovaco Hácha y se encamina hacia Berlín para exhortar a Hitler a que actúe a favor de los eslovacos antes de que sea tarde, la suerte del estado checo está echada: al día siguiente Eslovaquia declara su independencia y al otro día, el 15 de marzo, Alemania invade finalmente al estado checo, estableciendo allí el Protectorado de Bohemia y Moravia.¹⁵²

Ahora bien, ¿por qué Hitler arriesgó la realización de esta maniobra? Más allá de las consideraciones ideológicas del *Lebensraum* alemán, había un imperativo estratégico y geopolítico: eliminar a Checoslovaquia. Manfred Messerschmidt, en su trabajo dedicado a la política exterior del Reich en los años '30 señala: “El alto mando de la *Wehrmacht* quería ante todo asegurarse que Checoslovaquia no estableciera un nuevo sistema defensivo, esta, »no debía pesar más como contrincante en caso de un posible enfrentamiento de Alemania con las potencias occidentales«”¹⁵³ Así, la suerte del estado checo entrañaba una importancia geoestratégica: la importancia de liquidarlo mientras todavía estuviese recuperándose del embate de Múnich.

Pero no es menor el peso de la variable económica, si pensamos en el aporte del Protectorado a la economía y al esfuerzo bélico alemán: 18.500 toneladas de cobre, 1.000 de níquel, 3.500 de plomo, 1.500 de aluminio, 8.500 de zinc y 320 de estaño. Si sumamos a esto los 1.231 aviones, 1.966 cañones antitanques, 2.253 cañones de artillería, 810 tanques, 57.000 ametralladoras y 630.000 rifles aportados por el estado checo al esfuerzo bélico y económico alemán - ¡por no mencionar las 809.984 onzas de oro enviadas de Praga a Berlín! – no debe extrañarnos el interés económico que tenía Berlín en hacerse

¹⁵² Ibid., pp. 803-804.

¹⁵³ Traducido del alemán: “Das OKW wollte vor allem sichergestellt haben, daß die Tsechoslowakei kein neues Befestigungssystem anlegte, sie dürfe »bei einer etwaigen Auseinandersetzung Deutschlands mit den Westmächten als Gegner nicht mehr ins Gewicht fallen.«” (Messerschmidt 1991, p. 799).

con el estado centroeuropeo. Tras la anexión de Austria, los Sudetes y el aporte de la economía del Protectorado, el Tercer Reich pasaba a constituir el 15% del PBI mundial, colocándolo segundo, detrás de tan sólo Estados Unidos en el índice de países industrializados del mundo.¹⁵⁴

Queda además por considerar el aporte de la economía eslovaca al Tercer Reich: si bien, a diferencia del Protectorado – que a partir de 1940 entablaría una unión aduanera con Alemania – Eslovaquia mantendría una soberanía económica teórica, el comercio del recientemente formado estado satélite se realizaría prácticamente de forma exclusiva con estados del Eje y dentro de ellos, específicamente y primordialmente con el Protectorado y con Alemania propiamente dicha, siendo el comercio con ambos en 1939 un 74,5% del total de exportaciones del país y en 1940, un 70,5%, teniendo su punto más bajo en 1942, con un todavía considerable 64,7%. Así, la riquísima producción eslovaca en recursos como el mineral de hierro (765.897 toneladas en 1939 y 862.025 en 1940), en gas natural (133.331 metros cúbicos en 1939, 118.483 metros cúbicos en 1940) y en mercurio (¡1 tonelada en 1939 y 278 en 1940!), pasa a nutrir invariablemente a la economía del Reich en su esfuerzo bélico.¹⁵⁵

El imperativo económico y la política de las anexiones de Hitler obedecía no sólo a un interés de enriquecimiento nacional: el *Führer* había instrumentado la economía nacional en torno al concepto de la expansión, apostando el desarrollo y la inversión industrial del país germano en torno al rearme y a la preparación para la guerra que se avecinaba. La

¹⁵⁴ Las cifras sobre armamento aquí provistas son aquellas oficiales del estado checoslovaco: Berlín se había hecho un estimativo propio que en muchos rubros sobreestimaba la cantidad de armamentos poseídos por Praga, vastamente exagerando el volumen del botín checo con el cual soñaban con hacerse, notoriamente en las categorías de aviones y rifles, donde creyeron poder dar con 1.582 y 1.090.000 respectivamente. Para más información sobre esto y por mayores referencias relativas al impacto de la anexión del protectorado en la economía alemana, ver: Volkman 1991, pp. 392-396.

¹⁵⁵ Para un mayor detalle de la economía del estado eslovaco durante la época de la tutela nazi, ver: Ibid., pp. 397-400.

inversión del PBI alemán en vísperas de la guerra (¡de un 17%!) requería de una política de constante expansión para nutrir y contemplar este masivo gasto militar y con ello evitar el colapso de la economía alemana.¹⁵⁶

El shock de la destrucción de Checoslovaquia se deja sentir en Europa: la maniobra es la muerte de todo tipo de política conciliatoria y de cualquier arreglo sobre la base de la autodeterminación de los pueblos y sobre la confianza entre las naciones. En Francia y Gran Bretaña se fortalece la decisión y estos países se encaminan a una guerra que se presenta ya ahora como inevitable. Finalmente, tras amargas décadas de disyuntivas franco-británicas, nuevamente podía contar Francia con el consorcio británico que tanto requería para hacer frente a la amenaza alemana.¹⁵⁷

La última crisis desatada por los alemanes antes de la debacle de Danzig será la anexión del Memel lituano (o Klaipèda, por su nombre en el idioma del país báltico), que tuvo lugar una semana después de la caída de Praga: el 22 de marzo.

La cuestión se remontaba a un año atrás, a pocos días de la consecución del *Anschluß*: mientras el gobierno lituano se encontraba lidiando con un ultimátum polaco de restablecer relaciones diplomáticas (que Lituania rehusaba a Polonia por estar ésta ocupando la región conteniente de la capital histórica de Lituania, Vilno), Ribbentrop hizo saber al gobierno de Kaunas que ni bien éste solucionase sus diferencias con Varsovia, tendría que hacer lo propio con Berlín. La presentación de un memorándum de diez puntos que efectivamente sucedió al acuerdo con Polonia sacudió a Lituania: si bien Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón eran signatarios del estatuto de Klaipèda, el país báltico no se hacía ilusiones de que estos países corriesen a su socorro y opta por ganar tiempo hasta que la situación internacional sea más favorable; esta táctica resultó

¹⁵⁶ Ibid., p.388 y Overy y Wheatcroft 1989, p. 50.

¹⁵⁷ Messerschmidt 1991, p. 804.

inapropiada, ya que elementos subversivos nazis se hicieron con el control de la ciudad a mediados de 1938, gobernando la región con genuina autonomía. Bajo presión de Berlín, Kaunas concede finalmente una autonomía a la ciudad.¹⁵⁸

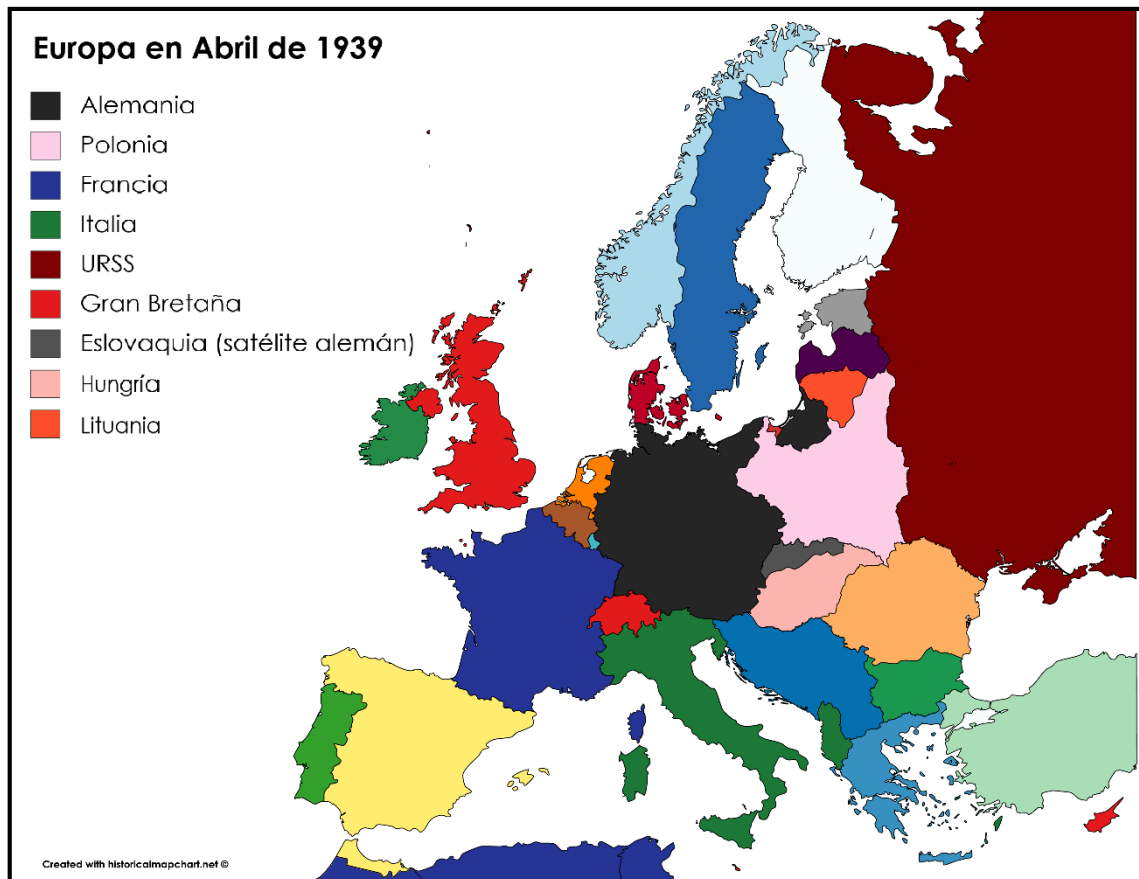
Esto condice con el afán apaciguador que en aquella época todavía ostentaba el gobierno nazi: con la crisis de los Sudetes en curso, no se quería dar el lujo de actuar agresivamente en dos frentes. En efecto, se deseaba una resolución pacífica de la cuestión que permitiese el retorno de la región a Alemania sin derramamiento de sangre ni necesidad de ejercicio de presión. Pero esto cambiaría, necesariamente, con la caída de Checoslovaquia y el fin de la necesidad de guardar las apariencias: el 20 de marzo, a tan sólo cinco días de la disolución del estado checoslovaco, Alemania realiza su ultimátum: o Memel o la guerra. La fecha fijada indirectamente para la caducidad del ultimátum era el 22 de marzo. El gobierno de Kaunas, consciente de la impotencia de su país, accede al ultimátum el 21 de marzo y el 23 se firma el tratado -fechado retroactivamente al 22- que oficializa la transferencia del territorio al Reich alemán.¹⁵⁹

La ironía es que el espectro de la guerra, que tanto aterraba a Europa en aquella época, se haría sentir a pocos días después de la caída de Checoslovaquia y en el mismo momento en que tenía lugar la transferencia de Memel y sería, irónicamente, no una guerra desatada por Alemania o uno de sus aliados contra alguna de las potencias occidentales, sino una guerra librada entre dos estados en la órbita de Alemania: la recientemente creada república satélite de Eslovaquia, bajo el mando de Tiso, y la Hungría de Miklós Horthy, alineada ya a Alemania y futura aliada del Tercer Reich. Esta guerra, más justamente tildada de una escaramuza, vio la derrota de Eslovaquia y la cesión de la Subcarpatia, dando forma efectivamente a la frontera polaco-húngara que el alto mando de la

¹⁵⁸ Vytautas Žalys, "The era of ultimatums", en *Lithuania in european politics: the years of the first republic, 1918-1940*, ed. Alfonsas Eidintas, (Nueva York: St. Martin's Press, 1999), 162-163.

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 164-165.

Wehrmacht había buscado evitar.¹⁶⁰ Finalmente, como ya fuera mencionado, en el mes de abril Mussolini procedió a la anexión de Albania, en el litoral opuesto del Adriático, sellando así también la suerte de Italia al acoplarse como estado infractor al bando aventurista.



Mapa IX: El orden europeo en abril de 1939 tras las crisis de marzo y abril. Fuente: elaboración personal a través de mapchart.net.

Las maniobras desatadas por Berlín y Roma, como fuera dicho, operaron en los círculos dirigentes de París y Londres como factores vigorizantes de la política exterior: Occidente parecía despertar del sopor que lo había engullido durante los años precedentes y veía ahora con claridad a Hitler como lo que era, entendiendo que la retórica de igualdad y de justicia por Versalles que el *Führer* esgrimía no eran más que una artimaña diplomática

¹⁶⁰ Deák 2015, pp. 91, 95.

tras la cual se escondían sus afanes expansionistas. Los gobiernos Aliados pasan a extender una garantía a Bélgica, Holanda y Luxemburgo en el oeste, así como – tras la amenaza de Ribbentrop del 25 de marzo – a Polonia en el este,¹⁶¹ llegando incluso a extender sendas garantías a Grecia (amenazada por Italia) y Rumania (puesta en jaque por la política alemana del petróleo). Esto conllevó asimismo el endurecimiento y la consolidación del Eje Roma-Berlín, llevando a la firma de la alianza conocida como el “Pacto de Acero”.¹⁶²

¿Y qué nos queda de los demás actores significativos, como la Unión Soviética y Estados Unidos? La primera fue sondeada por Gran Bretaña para la puesta en práctica de una política conducente al mantenimiento del *statu quo* juntamente con Polonia y Francia. Se pone sobre el tapete puntualmente la propuesta de que Moscú extienda sobre Polonia – como lo habían ya hecho Londres y París – la garantía de su independencia. Pero irónicamente es Varsovia que se muestra reacia a esto, temiendo que esta garantía se traduzca en un permiso de paso a las tropas soviéticas, que nuevamente temen busquen establecerse allí para no irse. A esto replica el gobierno francés con una contraoferta de alianza tripartita con la Unión Soviética en caso de que esta resultase atacada por Alemania a raíz de la cuestión polaca o rumana o exigiendo de esta su apoyo en caso de que las potencias occidentales se viesan involucradas en tal guerra – inicialmente el gobierno británico había pensado solamente en esta segunda variante, sin la extensión de sendas garantías para la Unión Soviética, plegándose finalmente a la tesis francesa. Moscú busca la extensión de la eventualidad de la guerra llevándolas al Báltico y Finlandia aparentemente para cubrir sus flancos; pero se teme que la Rusia soviética esté

¹⁶¹ Nótese que las garantías extendidas a Polonia regían en caso de una agresión librada contra el estado polaco, pero el gobierno inglés no se oponía necesariamente a reajustes territoriales sobre la base de la negociación, llegando a reconocer que Alemania tenía “el destino de [...] ser el estado continental más poderoso” Renouvin 1990, p. 1076.

¹⁶² Ibid., pp. 1073-1074, 1079.

buscando echar por tierra a las negociaciones, lo que lleva al gobierno francés a proponer prescindir de la precisión de los países que podrían dar origen al *casus belli*, tesis a la cual no suscribe Londres, dejando así en letra muerta los acuerdos. Es que en realidad el gobierno soviético no necesitaba acuerdo alguno, ya que contaba ya con las garantías occidentales sobre Polonia y Rumania -lo que implicaban la entrada en guerra de estos estados contra Alemania independientemente del consorcio soviético – operando así como garantes indirectos de la integridad territorial soviética, ya que a través de ellos deberían pasar los alemanes para invadir a Rusia. En el fondo, los soviéticos tenían mucho que perder y poco que ganar de una negociación con Occidente.¹⁶³

Así, Europa iba perfilándose hacia su colapso: con cuatro potencias europeas agrupadas en parejas, engranadas en un curso de colisión aparentemente inoponible e inexorable. Pero antes de que se llegase a la catástrofe, la Alemania nazi y la Rusia soviética le darían al mundo una última sorpresa.

Hacia el abismo: Molotov-Ribbentrop y Danzig

No resulta impresionante que la última cuestión que haya opuesto a Alemania con el mundo haya sido la cuestión del corredor polaco: en efecto, si algo, sorprende que haya sido un reclamo tan tardío, cuando tan popular era en el pueblo alemán de forma uniforme, trascendiendo incluso los sectores fervientemente nazis.¹⁶⁴

Esto no significa que no haya habido intentos de conciliación aparentes entre ambas partes: con ocasión de la colaboración en la cuestión checoslovaca, Ribbentrop llegó a sondear a Varsovia para ver si había ánimos de una solución pacífica al problema del corredor. Pero Varsovia rechaza las aproximaciones. No es de creer que de haber accedido ésta a una revisión, Alemania habría sido más contemplativa con sus necesidades: al fin

¹⁶³ Ibid., pp. 1074, 1076-1078.

¹⁶⁴ Overy y Wheatcroft 1989, p. 54.

y al cabo, el *Führer* ya había decidido la suerte del estado polaco. Ahora bien: ¿bajo qué presupuestos había decidido tal suerte? ¿Quería una guerra general con Occidente? Todo parece apuntar a que no: que era su convicción que el espíritu pasivo que había caracterizado a las crisis anteriores volvería a presentarse en esta ocasión, dándole oportunidad de liquidar la cuestión polaca a su manera. Pero el miedo a un revivir de la Entente de la Primera Guerra Mundial lleva a Hitler a dar un paso hasta ese momento impensable: extender sondeos para una alianza con la Unión Soviética¹⁶⁵

La alianza con la Unión Soviética no era del todo carente de sentido para Alemania: al fin y al cabo, ésta se encontraba en una sólida posición para negociar: a cambio de maquinaria y equipamiento militar de avanzada que Alemania podía proveer, ésta podía ofrecer neutralidad en un conflicto europeo (a diferencia de los aliados occidentales, que ofrecían una paz inestable y la eventualidad de una guerra con Alemania). Si bien Moscú sigue negociando con París y Londres para ganar margen de maniobra con Berlín, la decisión estaba tomada. Así, el 23 de agosto se firma el Pacto Molotov-Ribbentrop que divide a Europa Oriental entre Alemania y la Rusia soviética.¹⁶⁶

El pacto disponía, aparte del acuerdo de no-agresión entre los contrayentes y la transmisión de maquinaria y armamento a la Rusia soviética por parte de Alemania, también el aprovisionamiento de Berlín por parte de Moscú de alimentos y materias primas – vitales a la hora de volver superfluo el bloqueo Aliado. Concedía también a Stalin el permiso para anexarse la Polonia oriental, fijando su límite occidental más allá de la Línea Curzon, así como para anexarse los estados bálticos de Estonia, Letonia, así

¹⁶⁵ Ibid. pp. 54-57 y MacDonogh 2009, pp. 210-211.

¹⁶⁶ Las negociaciones soviéticas con los aliados occidentales fueron retomadas sobre las bases anteriormente mencionadas, concediendo los británicos esta vez sobre las garantías a los países bálticos y a Finlandia, pero la condición expresa planteada por los rusos de disponer de bases en territorio polaco generó una virulenta oposición de Polonia, lo cual hizo caer a las negociaciones. Para más información, ver: Renouvin 1990, pp. 1084-1085 y Overy y Wheatcroft 1989, pp. 58-59.

como la Besarabia rumana. Este acuerdo sería enmendado a menos de un mes de su celebración por un protocolo a pedido de Stalin que adjudicaba Lituania – inicialmente comprendida dentro de la esfera de influencia alemana – a la Unión Soviética, compensando a los alemanes ahora sí con un retorno a la Línea Curzon a cambio de la concesión del último estado báltico. La singular maniobra estalinista se explica por una preocupación soviética sobre la situación geoestratégica de Leningrado, que se veía mejor cubierta contando con el colchón báltico en su totalidad.¹⁶⁷

Ahora bien, ¿cuáles eran las implicaciones escabrosas de las disposiciones de este pacto? Para ambos signatarios conllevaba el retorno de las fronteras comunes entre ambas potencias, con las fricciones que necesariamente de ello devendrían. Para Alemania nazi implicaba dar la espalda a década y media de retórica anticomunista para súbitamente excusarse en el imperativo de la *Realpolitik*. Para la Rusia soviética su connivencia a la hora de renunciar intervenir en la fase inicial de la guerra (cuando los aliados occidentales más podrían haberla necesitado) implica el riesgo de una victoria alemana que pudiese dejar a Moscú a merced de los planes expansionistas de Berlín tal y como fueron consagrados en *Mein Kampf*. Si hay algo con lo cual Stalin cuenta, es que la guerra será larga y durará lo suficiente como para permitirle un arbitraje del conflicto o incluso tal vez con la eventualidad de llevar a cabo la revolución mundial.¹⁶⁸

Hitler contaba con que las novedades del Pacto hiciesen mella en los aliados occidentales y que ahora, de cara a una neutralización de su frontera oriental – y con ello el fin de la pesadilla de la guerra a dos frentes – acarrease una concesión franco-británica de cara a la invasión que el dictador alemán planificaba del país europeo oriental. En vez de eso, encontró sólida resistencia: el gobierno francés decide el 24 de agosto sostener a Polonia

¹⁶⁷ Renouvin 1990, pp. 1085-1086 y Kissinger 1994, pp. 351-352.

¹⁶⁸ Renouvin 1990, pp. 1085-1087.

en caso de ataque alemán. El 25, de la mano de Chamberlain, se corroboró el compromiso británico de pelear por Polonia firmando un pacto de alianza formal con el país europeo oriental. Más aún, se llevaría una inesperada decepción al recibir ese mismo día la noticia de que Mussolini se abstendría de intervenir en el conflicto en caso de una guerra general.

169

Hay un último intento de aproximación por parte del gobierno británico que muestra el afán conciliatorio de Londres: se llega a admitir la posibilidad de la cesión de Danzig y el Corredor Polaco a Hitler (e incluso de restituir antiguas colonias alemanas al Reich) bajo condición de que Alemania garantice las fronteras internacionales de Polonia; tal es la presión británica, que los polacos aceptan esta propuesta. Pero esto implicaba abandonar la doctrina del espacio vital y el *Drang nach Osten*. Hitler, queriendo la guerra, decide torpedear esta mediación británica exigiendo que el negociador polaco se presente investido de plenos poderes – lo cual preveía el pronunciamiento de un ultimátum. Varsovia considera inaceptable esta exigencia y el 30 ordena la movilización general; todavía el 31 Londres instruye a Varsovia a nombrar un negociador – sin concederle plenos poderes – lo cual lleva a Alemania a negar su recepción, ya que sostienen que no tendría sentido presentarles sus exigencias si no tiene el polaco las credenciales necesarias para hacerlas valer de su parte.¹⁷⁰

Pero ya la suerte estaba echada y Hitler confiaba en su astro para poder nuevamente resolver la crisis sin tener que llegar a una conflagración internacional. El 1 de septiembre el ejército alemán trasvasa la frontera polaca dando comienzo a la Segunda Guerra

¹⁶⁹ Ibid. p. 1089 y Overy y Wheatcroft 1989, p. 59.

¹⁷⁰ Renouvin 1990, pp. 1089-1090.

Mundial; el 3 llega el ultimátum británico a Hitler, quien estupefacto lo recibe: era demasiado tarde para dar marcha atrás.¹⁷¹

¿Por qué esta vez los franceses y los ingleses se deciden a actuar? La apreciación francesa era que una vez que Alemania hubiese culminado con Polonia, tendría las manos libres para poder volcarse a Occidente y ajustar las cuentas con su némesis tradicional. No actuar en ese momento significaba postergar el involucramiento, que inexorablemente habría de llegar más tarde y tal vez con los alemanes a sus puertas. Los ingleses, por su parte, estaban ahora convencidos de que la política hitleriana implicaba un afán de dominación europea. Difícil es explicar por qué se abocaron a último momento en procurar una alternativa pacífica a la guerra, confiando tal vez en lograr una última paz definitiva o al menos dar la impresión a la opinión pública de haber realizado todo lo posible para evitar la debacle que se avecinaba.¹⁷²

Y así, el mundo se sumió en una conflagración global como jamás se había visto, que dejaría un saldo de más de 50 millones de muertos, al descubrimiento de armas de destrucción masivas y a un reajuste geopolítico sin parangón.

¹⁷¹ Overy y Wheatcroft 1989, p. 60.

¹⁷² Renouvin 1990, pp. 1091-1092.

Conclusión

La Segunda Guerra Mundial que se desató con la invasión a Polonia el 1 de septiembre de 1939 nada tenía de inevitable y menos aún la conformación de la constelación de potencias que se arremolinaron en torno a Alemania. Nada hubo de determinismo en los hechos de la década de los '30 que nos hagan afirmar la inevitabilidad de los eventos. Cierto es que el margen de maniobra con un actor como Hitler era bastante reducido, pero ¿podemos decir lo mismo de Italia o de Japón? ¿No habría sido posible articular con estos países un Frente de contención antinazi o al menos haber operado de forma tal de sustraerlos de un arreglo con Berlín?

Durante la fase estrictamente asiática de las aventuras niponas el mundo se abstuvo de tomar medidas proactivas contra el Imperio del Sol Naciente. Las amenazas a la paz surgidas en el correr de los '30, de la mano de la Italia mussoliniana y la Alemania hitleriana preocupaban mucho más a los occidentales que las cuestiones de Lejano Oriente. Pero la invasión de la Indochina francesa trastocó esta ecuación.

No nos queda otra alternativa que reconocer en la invasión de Indochina el punto de inflexión de la política exterior occidental y en particular de aquella estadounidense. Pero la pregunta es: ¿por qué?

Hasta ese momento Japón había agredido a actores exclusivamente extraeuropeos cuyo porvenir no se percibía directamente vinculado a la guerra en Europa. La amenaza nipona que se perfilaba en Lejano Oriente podía alarmar a ciertos círculos políticos de las potencias occidentales, pero distaban estos de poder hacer imponer su voz en un mundo preocupado por el rearme alemán y sus intentonas revisionistas. La Indochina francesa, por otra parte, era un territorio de un país que nominalmente había sido del bando aliado

(ya que en ese momento se encontraba bajo gestión del gobierno de Vichy) y no es de extrañar que su anexión haya desatado la ira de Occidente.

No deja de resultar significativo el hecho de que de todas las maniobras niponas efectuadas hasta ese momento, fuera la única que había sido efectuada de forma relativamente pacífica, al fin y al cabo, la maniobra había contado con la anuencia del gobierno de Vichy (mientras que en el conflicto chino ya habían muerto cientos de miles, sino millones de personas). Ciertamente es que la impotencia del gobierno de Pétain hacía superfluo cualquier intento de guardar las apariencias, ya que la negociación distaba de ser horizontal y equitativa, pero no deja de asombrar que, de todas las aventuras niponas hasta esa fecha, era la única cuya consecución no había acarreado derramamiento de sangre. La tesis más lógica apunta a que el detonante de la intervención aliada habría sido en última instancia la percepción de una intromisión nipona en los asuntos occidentales, potenciado por el acercamiento de Tokio a Berlín, así como la importancia geoestratégica que Indochina representaba para Estados Unidos (recordemos que es recién la ocupación de la Indochina meridional la que desata las retorsiones) por su proximidad con Filipinas y el Pacífico Sur o tal vez simplemente haya sido un entendimiento de que las ambiciones del Imperio del Sol Naciente habían llegado a la insaciabilidad.

No se puede evitar plantearse qué es lo que habría pasado si los círculos dirigentes de EE.UU. hubiesen aceptado la solicitud de remover específicamente a Manchuria de la fórmula del repliegue nipón de China. Todo parece apuntar a que Tokio habría estado dispuesto a negociar sobre esa base. Tal vez el escepticismo occidental de poder encontrar cualquier solución de compromiso con potencias percibidas como depredadoras se había impuesto o tal vez el vínculo de Tokio con Berlín hacía considerar a tal alternativa como superflua, pero todo parece apuntar a que el Japón habría estado dispuesto a negociar sobre esa base.

Por otra parte, la actitud del Japón de cara al embargo carece de misterio alguno: como fuera dicho, el imperativo de las necesidades para continuar su conflicto con China imponía al Japón buscar librar una guerra para conseguir el abastecimiento petrolífero que tanto necesita. Dicha guerra, a su vez, debía ser librada mientras todavía pudiera tener un mínimo de iniciativa militar, que el tiempo inexorablemente le habría arrebatado.

En lo que a Italia respecta, para cuando el conflicto albanés tuvo lugar, la partida diplomática estaba jugada hace tiempo: el conflicto ítalo-etíope puso en jaque a la contención germana que había nacido en Stresa: es crucial la actitud de los Aliados, en particular aquella de Gran Bretaña que demasiado comprometida con la idea de la Sociedad de las Naciones no podía dejar pasar la violación flagrante que para la comunidad internacional suponía una guerra de agresión librada por Italia – aun cuando consentirla habría permitido salvar la alianza con Roma y la contención de Berlín. Pero Gran Bretaña, demasiado comprometida también con la idea del frente anti-hitleriano, estaba maniatada a la hora de reaccionar como habría sido necesario: con la amenaza de las armas. Optando por un punto medio, la vía de los embargos, creyó reunir lo mejor de los dos mundos, mientras que de hecho se logró lo peor: Mussolini pudo concretar su guerra exitosamente, a pesar de las trabas económicas del embargo y no olvidaría la afrenta sufrida a manos de sus otrora aliados. Mussolini, al sufrir la política exterior de los Aliados durante la guerra en África, se percató que a la hora de concretar su afán expansionista en el Mediterráneo y en los Balcanes habrá de contar con el consorcio berlinés, sacrificando así a Austria. A partir de allí, el camino al Pacto de Acero estaba trazado.

El caso de Alemania es necesariamente distinto, porque nada parece revelar o apuntar a un genuino afán de conciliación por parte del *Führer*. La ironía es que Hitler – el actor más apaciguado durante todo el período – es aquél que ostentaba la retórica más

beligerante. No deja de resultar llamativo que las potencias occidentales hayan decidido contemporizar con una persona que ya en 1923, en su manifiesto político, *Mein Kampf*, proclamaba que “la recuperación de territorios perdidos no será realizada a través de invocaciones solemnes al bienamado señor Dios o a través de piadosas esperanzas en una Sociedad de las Naciones, sino a través de la fuerza de las armas”¹⁷³ y que más adelante clamase: “¡queremos de vuelta las armas!”¹⁷⁴

Ahora bien, a través de las varias crisis que, bajo la égida de Hitler, sacuden a Europa, podemos encontrar una serie de determinantes:

Primero, que Francia se muestra a través de todas ellas incapaz de actuar – producto de tumultos políticos internos – o poco deseosa de hacerlo sin el consorcio del Reino Unido. Éste, a su vez, bajo la gestión Chamberlain busca apaciguar a Hitler, haciendo imposible la concreción de un esfuerzo Aliado mancomunado contra la Alemania nazi.

¿Y qué hay de la Unión Soviética? El gigante rojo había prestado su apoyo al mantenimiento del *statu quo* europeo, pero su lejanía geográfica hacía imposible cualquier actuación con el apoyo de las potencias occidentales, por lo cual su valor quedaba descartado. Invariablemente, esto arrojaría a Stalin en brazos de Hitler con las desastrosas consecuencias que ello acarreo para Polonia, Europa y el mundo.

Lo que nos remite entonces a qué alternativas podría haber habido a la conducción diplomática de la época: Como ya fuera visto, ni Japón ni Italia tenían una agenda política que implicase necesariamente un conflicto con Occidente, ni tampoco una alianza con Alemania: de hecho, la que se había perfilado como aliada asiática de Alemania había sido China durante la primera mitad de la década de los ‘30s, mientras Mussolini había

¹⁷³ Traducido del alemán: “die Wiedergewinnung der verlorenen Gebiete nicht durch feierliche Anrufungen des lieben Herrgotts erfolgt oder durch fromme Hoffnungen auf einen Völker-bund, sondern nur durch Waffengewalt” (Hitler, *Mein Kampf*, p. 708).

¹⁷⁴ Traducido del alemán: “Wir wollen wieder Waffen!” (ibid. p. 715).

estado al borde de ir a una guerra con Hitler por el destino de Austria en 1934. No había tal cosa como un determinismo político en esta constelación de poderes tan dispares que se aunaron a fines de la década en una alianza variopinta que englobaba un crisol de naciones, culturas y lenguas esparcidos a través de tres continentes: Europa, África colonial y Asia.

Así, la ambivalencia del mundo atlántico posibilitó los eventos de la década de forma inadvertida y los escenarios alternativos que se nos presentan rayan el infinito: ¿Qué habría pasado de haberse opuesto las democracias occidentales, con ocasión del incidente de Manchuria, a la agresión japonesa? ¿Habría igual Tokio procedido con su conquista de la región? ¿Y qué hay de Mussolini, cuyo análisis de la timidez de la Sociedad de las Naciones reposaba sobre los blandos reproches extendidos a Tokio con ocasión de la aventura antes mencionada? No es muy arriesgado aventurarse a decir que habría ponderado mejor sus opciones en caso de haber visto que la Sociedad de las Naciones hubiese actuado con dureza y determinación en una crisis anterior. O incluso, de no haberse dado esto, ¿qué habría pasado de haberse decidido las potencias occidentales a oponerse al *Duce* -en un momento donde Alemania todavía no poseía los medios militares de los cuales servirse para ofrecerse como árbitro o una fuerza militar significativa para esgrimigr como bagatela de cara a un intento mancomunado de arbitraje franco-británico de la cuestión ítalo-etíope? ¿Y qué hay de la posibilidad de que los Aliados hubiesen sacrificado a Etiopía en aras de mantener el Frente de Stresa, por no mencionar qué habría pasado si éstos hubiesen consentido al Japón la inclusión de una cláusula que hubiese sustraído a Manchuria de un acuerdo chino global? Toda la evidencia parece apuntar a que de haberse mantenido el consorcio de tanto Tokio como Roma con las potencias occidentales, jamás se habrían volcado aquellas a Berlín.

En efecto, la contención podría haber sido realizada de haber sido la Sociedad de las Naciones más dura en sus exigencias -habiendo operado desde el comienzo como un garante de la paz – o realizando ciertas concesiones a algunos actores con el afán de contener a otros, intransigentes -en este caso, la Alemania nazi. Los Aliados, por supuesto, no podían por razones ideológicas consentir a unas políticas expansionistas que contravenían las bases del idealismo wilsoniano rector ya para aquella época en Occidente. Pero si atendemos a lo que estos sacrificios habrían supuesto en el terreno, a nivel geopolítico, las concesiones eran perfectamente realizables: el abandono de Etiopía -un país cuya posición geoestratégica no suponía amenaza alguna para Francia o Gran Bretaña- para salvaguardar el *statu quo* en la Europa danubiana y con ello una paz continental bien podría haber valido el sacrificio para las potencias occidentales. Por no hablar del ultimátum a Japón, que pese a estar librando una guerra terriblemente exitosa en el continente asiático contra un enemigo centenario y pese a haberse hecho recientemente con la riqueza -y la importancia geopolítica- de Indochina, estaba dispuesto a renunciar a todo esto -anatema a cualquier doctrina militar que repudia el retirarse cuando se está ganando en todos los frentes- de contemplarse exclusivamente su protectorado manchuriano. Pero nuevamente la adhesión consagrada de los Aliados a los postulados del principio de la igualdad soberana de los estados y al principio de autodeterminación de los pueblos – por no hablar del Pacto Briand-Kellogg y la proscripción de la amenaza y del uso de la fuerza que ambos países infractores habían ratificado – hacía imposible cualquier acuerdo con Italia y Japón.

Es entonces, en última instancia, sobre todo el accionar franco-británico que determina el curso de acción de esta década: timoratos en su actuar contra las intentonas niponas en Lejano Oriente, dejan al Japón salirse con la suya. Vacilantes en su política africana, se enemistan con Mussolini a la vez que no consiguen frenar sus designios. Y finalmente,

descoordinados y recelosos entre ellos y con la Unión Soviética, son incapaces de concertar un esfuerzo mancomunado de cara al expansionismo nazi cuando Hitler procede a reajustar Europa central.

Si nos remitimos a la introducción de este trabajo y retomamos los postulados que Andrew Heywood enumerase como *sine qua non* para el funcionamiento de una seguridad colectiva, es decir, puntualmente que todos los Estados estén dispuestos a soportar el costo y la responsabilidad de defenderse unos a otros y que debe haber un organismo internacional que tenga la autoridad moral y la capacidad política para tomar una acción efectiva, vemos que el mecanismo de contención falló, y falló estrepitosamente en aquella época, pues ni todos los Estados estaban dispuestos a ayudarse (como la actitud de Francia, Gran Bretaña y la Rusia soviética demuestra) ni tampoco pudo la Sociedad de las Naciones frente a las crisis actuar de forma concertada, producto, necesariamente, del punto precedente, ya que sin consorcio interestatal de los grandes, difícil hacer funcionar incluso la vía multilateral organizativa.

El legado que nos deja la Crisis de la Seguridad Colectiva no es otro que aquél de agudizar los sentidos y afinar las apreciaciones del carácter de los estadistas y atender vehementemente a aquello publicado y ostentado por ellos: una lectura no muy avezada habría bastado para saber qué se proponía Hitler y cómo lidiar eficientemente con Italia y Japón. Si bien es cierto que no hay una vía segura en ninguno de estos casos, la indecisión y las acciones a medias tintas tomadas en la escena internacional suelen engendrar más estragos de los que solucionan.

Tenemos al mundo de los años '30 como testigo de ello.

Bibliografía

- Aron, Raymond. *Paz e Guerra entre as Nações*. Traducido por Sergio Bath. San Pablo: Universidade de Brasília, 2002.
- Beaupré, Nicolas. *1914-1945: les Grandes Guerres*. Editado por Henry Rousso. Trebaseleghe: Belin-Humensis, 2019.
- Bix, Herbert. *Hirohito and the making of modern Japan*. Nueva York: Perennial, 2001.
- Bosworth, R. J. B. *Mussolini's Italy: Life under the fascist dictatorship 1915-1945*. Londres: Penguin Books, 2005.
- Booms, Hans. *Der Ursprung des 2. Weltkrieges – Revision oder Expansion?* citado en Messerschmidt, *Außenpolitik und Kriegsvorbereitung*, en *Ursachen und Voraussetzungen des Zweiten Weltkrieges*, de Wilhelm Deist, Manfred Messerschmidt, Hans-Erich Volkmann y Wolfram Wette, 641-824. Fráncfort del Meno: Fischer Taschenbuch Verlag GmbH, 1991. p. 802.
- Coox, Alvin. *The Pacific War*. Vol. VI: The Twentieth Century, cap. 7 de *The Cambridge History of Japan*, de Peter Duus, 315-376. Nueva York: Cambridge University Press, 2008.
- Deák, István. *Europe on trial: the story of collaboration, resistance, and retribution during World War II*. Filadelfia: Westview Press, 2015.
- Deist, Wilhelm. «Die Aufrüstung der Wehrmacht.» En *Ursachen und Voraussetzungen des Zweiten Weltkrieges*, de Wilhelm Deist, Manfred Messerschmidt, Hans-Erich Volkmann y Wolfram Wette, 439-634. Fráncfort del Meno: Fischer Taschenbuch Verlag GmbH, 1991.

- Ertola, Emmanuele. *In terra d'Africa: gli italiani che colonizzarono l'impero*. Bari: Editori Laterza, 2019.
- Goebbels, Joseph. *Tagebücher 1924-1945*. Editado por Ralf Georg Reuth. Múnich: Piper, 2003.
- Gooch, John. *Mussolini and his generals: the armed forces and fascist foreign policy 1922-1940*. Tapa dura. Editado por Hew Strachan y Geoffrey Wawro. Cambridge: Cambridge University Press, 2007.
- Hata, Ikuhiko. *Continental expansion, 1905-1941*. Vol. VI: The Twentieth Century, cap. 6 de *The Cambridge History of Japan*, de Peter Duus, traducido por Alvin Coox, 271-309. Nueva York: Cambridge University Press, 2008.
- Heywood, Andrew. *Global Politics*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2011.
- Hitler, Adolf. *Mein Kampf*. Múnich: Eher Verlag, 1943.
- Iriye, Akira. *Japan's drive to great-power status*. Vol. V: The Nineteenth Century, cap. 12 de *The Cambridge History of Japan*, de Marius Jansen, 721-765. Nueva York: Cambridge University Press, 2008.
- Keay, John. *China: a history*. Nueva York: Basic Books, 2009.
- Kennedy, David. *Freedom from fear: The american people in depression and war, 1929-1945*. Nueva York: Oxford University Press, 1999.
- Kennedy, Paul. *The rise and fall of the great powers*. Nueva York: Vintage Books, 1989.
- Kershaw, Ian. *Hitler: La biografía definitiva*. Traducido por Carlos Sardiña Yolanda Fontal. Buenos Aires: Península, 2015.
- Kissinger, Henry. *Diplomacy*. Nueva York: Simon & Schuster, 1994.

—. *On China*. Nueva York: Penguin Books, 2012.

—. *World Order*. Nueva York: Penguin Books, 2015.

Knox, MacGregor. *Mussolini unleashed 1939-1941: Politics and strategy in fascist Italy's last war*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.

Library of Congress. s.f. <https://www.loc.gov/law/help/us-treaties/bevans/m-ust000002-0043.pdf> (último acceso: 13 de 09 de 2020).

MacDonogh, Giles. *1938: Hitler's gamble*. Nueva York: Basic Books, 2009.

Macmillan, Margaret. *Paris 1919: Six months that changed the world*. Nueva York: Random House, 2003.

Mallett, Robert. *Mussolini in Ethiopia, 1919-1935: The origins of fascist Italy's african war*. Nueva York: Cambridge University Press, 2015.

Mann, Golo. *Deutsche Geschichte des 19. und 20. Jahrhunderts*. Fráncfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1980.

Messerschmidt, Manfred. «Außenpolitik und Kriegsvorbereitung.» En *Ursachen und Voraussetzungen des Zweiten Weltkrieges*, de Wilhelm Deist, Manfred Messerschmidt, Hans-Erich Volkmann y Wolfram Wette, 641-824. Fráncfort del Meno: Fischer Taschenbuch Verlag GmbH, 1991.

Meyer, G.J. *A world undone: the story of the Great War, 1914-1918*. Nueva York: Delta, 2006.

Mitter, Rana. *Forgotten ally: China's World War II, 1937-1945*. Nueva York: Mariner Books, 2014.

- Montanelli, Indro. *La grande storia d'Italia. L'Italia delle grandi guerre. Da Giolitti all'armistizio*. Milán: Biblioteca Universale Rizzoli, 2015a.
- . *La grande storia d'Italia. L'Italia unita*. Milán: Biblioteca Universale Rizzoli, 2015b.
- . *L'Italia in camicia nera*. Milán: Biblioteca Universale Rizzoli, 1999.
- Montanelli, Indro, y Mario Cervi. *L'Italia Littoria: 1925-1936*. Milán: Biblioteca Universale Rizzoli, 1999.
- Overy, Richard, y Andrew Wheatcroft. *The road to war*. Londres: Ebury Publishing, 1989.
- Paine, S. C. M. *The Wars for Asia, 1911-1949*. Nueva York: Cambridge University Press, 2014.
- Peattie, Mark. *The Japanese colonial empire, 1895-1945*. Vol. VI: The Twentieth Century, cap. 5 de *The Cambridge History of Japan*, de Peter Duus, 217-266. Nueva York: Cambridge University Press, 2008.
- Pu Yi, Henry. *The last manchu: The autobiography of Henry Pu Yi, last emperor of China*. Editado por Paul Kramer. Nueva York: Skyhorse Publishing, 2010.
- Renouvin, Pierre. *Historia de las relaciones internacionales*. Vol. II. Madrid: Akal, 1990.
- Sala Rose, Rosa. *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*. Barcelona: Acantilado, 2003.
- Schöllgen, Gregor. *Krieg: hundert Jahre Weltgeschichte*. Bonn: Bundeszentrale für politische Bildung, 2018.
- Shirer, William L. *The rise and fall of the Third Reich: A history of Nazi Germany*. Nueva York: Simon & Schuster, 2011.

- Steiner, Zara. *The triumph of the dark: European international history 1933-1939*. Nueva York: Oxford University Press, 2011.
- Taylor, Jay. *The Generalissimo: Chiang Kai-Shek and the struggle for Modern China*. Cambridge: Harvard University Press, 2009.
- Toland, John. *The Rising Sun: The decline and fall of the Japanese empire, 1936-1945*. Nueva York: Modern Library, 2003.
- Tuchman, Barbara. *The Zimmermann telegram: America enters the war, 1917-1918*. Nueva York: Random House, 2014.
- Volkman, Hans-Erich. «Die NS-Wirtschaft in Vorbereitung des Krieges.» En *Ursachen und Voraussetzungen des Zweiten Weltkrieges*, de Wilhelm Deist, Manfred Messerschmidt, Hans-Erich Volkman y Wolfram Wette, 211-429. Fráncfort del Meno: Fischer Taschenbuch Verlag GmbH, 1991.
- Wung-Sung, Tobias Haimin. «‘We remain what we are’ ‘Wir bleiben was wir sind?’: North Schleswig German identities in children’s education after 1945.» En *Borderland studies meets child studies: a European encounter*, de Machteld Venken, 139-162. Fráncfort del Meno: Peter Lang AG, 2017.
- Young, Louise. *Japan's total empire: Manchuria and the culture of wartime imperialism*. Londres: University of California Press, 1999.
- Žalys, Vytautas. «The era of ultimatums.» Cap. V de *Lithuania in European politics: the years of the first republic, 1918–1940*, de Alfonsas Eidintas, 139-176. Nueva York: St. Martin's Press, 1999.

Zorgbibe, Charles. *Historia de las relaciones internacionales, I – De la Europa de Bismarck hasta el final de la Segunda Guerra Mundial*. Traducido por Miguel Ángel Vecino Quintana. Vol. I. Madrid: Alianza Editorial, 1994.